REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVI | San José, Costa Rica | 1950 | Lunes 20 de Marzo | No. 8

Año XXX — No. 1107

A propósito de la Exposición "33 artistas de las Américas"

Por *Esteban Antonio de VARONA*

(Es un recorte del *Diario de Costa Rica*, 2 de febrero de 1950. La Exposición se celebró en el Museo Nacional de Costa Rica, del 25 de enero al 2 de febrero de 1950).

Cuando se haya retirado el último visitante —en la tarde de hoy, 2 de febrero— y comience la tarea, siempre triste, de encerrar pinturas en un prosaico y anodino cajón de madera, habrá terminado la visita a Costa Rica de unos cuantos artistas de las Américas. Una visita demasiado corta, etapa final de un itinerario continental; pero significativa y trascendente. Siempre lo son las que traen espontaneidad, entusiasmo y vitalidad: sobre todo, si a todo ello se añade un algo —o un mucho— de aventura...

Las treinta y tres obras de pintores de las Américas, representativos en diferente escala y valor de la labor plástica contemporánea de un hemisferio, podrán parecer a muchos interesantes por su novedad. Y, sin duda, este elemento, multiplicado en los modos de expresión de cada artista, se sucede a lo largo —y en lo profundo— de esta serie que nos envía la Unión Panamericana como regalo generoso para el espíritu. Pero hay más. En ese mundo, desconocido para tantos, de hallazgos sorprendentes en formas y colores, mundo de imaginación tanto o más que de ciencia, lo importante es su voluntad decidida de manifestar un afán: el del hombre y su inquietud. Afán cotidiano, se dirá. Pero eterno, como el acontecer de todos los instantes, y fecundo como la capacidad de sentir y pensar de cada mortal.

"Ouro Preto"
Por *Alberto Da Veiga Guignard* (Brasil)

"Mujer con Piña"
Por *Rufino Tamayo* (México).

Esa inquietud eterna y fecunda, expresada ayer por el anónimo artista que marcó su huella en las rocas de las cuevas de Altamira, y que continúa hoy a mover los pinceles de los Braque y los Picasso, convierte la anécdota en Historia, después de fijarla. Es el alma que juega con el tiempo, de Emerson. En pintura, es vencer a la naturaleza, realizar un milagro. Este quehacer, sacerdocio de filósofos y artistas, obedece a leyes que el hombre no podrá recitar de memoria, ni quiere. Le basta que vivan dentro de él, muy allá dentro.

Si la obra de arte es, debe ser, superior a toda realidad, bien que hija de ese hombre, no exige más vida o apariencia física que aquella que no malogre el mito que le da vigor y permanencia. Entonces vencerá al tiempo, irá más allá del tiempo: el hombre que la creó se habrá superado.

Las treinta y tres obras de pintores de las Américas se nos van. Pero aquí quedan, de su paso rápido, imágenes e ideas que penetraron por la puerta abierta del espíritu costarricense, siempre ávido de reinvestigación, de búsqueda, de respuesta...

Canek

Por *Ermilo ABREU GOMEZ*

(Versión inédita, refundida.—Envío del autor, en *Rep. Amer*).

A *María Asúnsolo*.

Jacinto Canek vivía en una choza apartada del camino. Vivía solo. Se levantaba con el fresco de la madrugada. Salía al patio, lleno del resplandor de los luceros, del aroma de la tierra y del cantar de los gallos. Las campanas de la iglesia derramaban incienso en la paz del campo. Se bañaba tras un macizo de plátanos. Pudor indio. El agua corría entre las guijas, reverdecidas por la humedad y el tiempo. Luego junto al fogón se calentaba las manos. Canek labraba tierras ajenas. Todo el día duraba su tarea. Casi siempre volvía sin nada; a lo más con unas mazorcas de maíz y algunas vainas de frijol y tal cual pedazo de yuca. Esto era todo. Llegaba a su choza después de la Oración, nunca antes; tanto tenía que caminar. Cerrada la noche encendía un pabilo. Con los dedos estiraba la mecha. En el silencio Canek se ponía a oír. Oír no cuesta nada. Oía los pasos de los que volvían de sus labores. Aquellos leves eran los de la vieja Xpet, la molendera; aquellos arrastrados, de Chumín, el albeitar; aquellos torpes, de D. Xpil, el sereno. Oía también el ruido de los bolanes que pasaban —rumor de hierros, voces y silbidos — y el ajetreo de los rebaños que tornaban al aprisco. Y así se estaba, oye que oye, hasta que el sueño lo hacía cabecear. La hora de queda la daba el cuartel. Había que acostarse. Antes de hacerlo echaba ceniza en las brasas; atrancaba el postigo y apagaba la mecha. Cerca de su cabecera ponía un jarro de agua y un manojo de yerbas olorosas. Al fin se dormía y, entre sueños, lloraba. Luego ni él mismo sabía por qué.

Hay gente nueva en la hacienda. Hoy llegó la tía Charo, hermana de D. Cleofas, el dueño. Doña Charo es una señora remilgosa y asmática. No conoce varón. Se pasa el día sentada en el estrado de la casa, toma que toma pastillas de menta y sorbos de tila. Teje una camisa de hombre. Hace años que la teje y la desteje. Nunca está satisfecha. No sabe para quién es, ni falta que hace. Se la pondría a cualquiera, al primero que le guiñara un ojo. Pero no lo dice; antes asegura que si se casa ha de ser con un príncipe. Menos, nada. No faltaba más. Su carácter es agrio y áspero.

Junto con ella llegó también Guy, su sobrino. Guy es un niño a quien nadie quiere. Parece tonto, casi idiota. La familia dijo: "En la hacienda estará bien". Esto es lo que dijo la familia, pero la verdad lo han mandado a la hacienda porque no lo soportan más. Con sus cosas y simplezas a todos avergüenza. Sus hermanos aseguran que no es hijo de la casa. "Recogido", le gritan hasta delante de las visitas. Cuando Guy oye esto, se le humedecen los ojos, pero no protesta.

Y así, sin muchos trámites, en un bolán lo enviaron a la hacienda. Guy trajo una mochila con su ropa —dos mudas y unas alpargatas— y, entre papeles rotos, el retrato de su madre muerta.

Canek tiene nuevo acomodo en la hacienda. La tía Charo lo llamó y le dijo:

—Jacinto, ahora no trabajarás en la huerta, que este trabajo lo haga Balán que también Si no sirve lo echaremos y santas pascuas. Sobra gente. Ahora tienes que cuidar a mi sobrino Guy. Es un niño melindroso. No lo dejes solo porque hace locuras que él cree gracias. Dormirás en su cuarto, pues es, además, miedoso. La soledad lo asusta. Mañas, qué sé yo. A veces, de noche, se levanta dormido y se escapa y se va por allí y luego cuesta encontrarlo. Cuando despierta no recuerda lo que ha hecho; si se le dice, se enfada y se pone a llorar. Pegándole se aquieta. Para que ría alguna vez, hay que amarrarlo de pies y de manos. Para todo hay gustos. En ocasiones le da por escribir con los dedos sobre el polvo de los pisos. Escribe tonterías que sólo él entiende. Ya verás.

Casi junto con el niño Guy apareció en la hacienda, una niña. Apareció correteando en el corral, entre los becerros. Tenía la carita llena de tizne y las manos sucias. Al medio día acarreó agua para los bebederos y en ellos esparció manojos de azahares. Por la tarde se juntó con las criadas y se puso a desgranar mazorcas de maíz. Por la noche, sin decir palabra, se acurrucó en la despensa y se quedó dormida. Al día siguiente ronovó sus tareas: correteó en el corral, acarreó agua y desgranó maíz.

Guy le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Exa, me dicen —contestó la moza.

Canek se levantó antes de que amaneciera. Salió al patio y junto al brocal del pozo encontró al niño Guy. Contemplaba la algazara de los peones. Se había roto la soga y el cubo se quedó en el fondo del pozo. No era posible sacarlo; una y otra vez echaron el garabato. Sus garfios removían el limo, se trababan en los yerbajos, pero el cubo no salía. Canek se ofreció a sacarlo. Lo arriaron entre todos. Su voz se oía velada, como si saliera de la tierra.

Canek comentó después:

—Desde abajo se ven las estrellas.

Al día siguiente Guy, muy de mañana, dijo a Canek:

—Oye, Jacinto, se fué el cubo al fondo del pozo.

—¿Otra vez?

—Yo bajo por ti.

—¿Tú?

—También yo quiero ver las estrellas.

Se desató un aguacero. Canek y Guy se refugiaron en la cocina, donde la vieja Xpet sabe, aunque creo es perezoso. Ya veremos. celebraba la llegada de las lluvias orientales. Junto al fogón estaban los amigos: D. Chumín, el albeitar; D. Xpil, el sereno; y dos peones de la hacienda, Ramón Balám y Domingo Ganché. En un rincón Exa atizaba las brasas del anafre donde se cocía el mixtamal. Canek y Guy se agregaron a la rueda.

En eso, Xpet dijo:

—Malo. Estas lluvias tempraneras anuncian pronta sequía. Hay que llenar los aljibes y echar en ellos carbones encendidos para que se mueran las sabandijas del aire.

Después se levantó y deslió en unas jícaras bollos de pozole, endulzados con miel, regalo del cura.

Afuera seguía lloviendo y el agua, a borbotones, iba por las acequias del patio.

Guy y Exa se tomaron de la mano.

En las charcas del patio Guy y Exa juegan con unos barquitos de papel.

El viento los empuja. A veces se van tan lejos que no los pueden alcanzar; de pronto uno naufraga.

—Es el mío —exclama angustiada, Exa.

—Es el mío —responde Guy.

Canek sabe que Guy miente.

Cuando amaneció, Guy preguntó a Canek:

—¿Verdad que no hay frío, Jacinto?

—Anoche sentí frío, niño Guy.

—Pues yo dormí sin cobijas y sudaba.

En el corral, un venadito, recién nacido, durmió bajo las cobijas de Guy.

Canek y Guy fueron de caza. Canek llevaba el arco y Guy el morral con las flechas. Se dirigieron a las madrigueras de los conejos. Caminaron por el monte y avanzaron hacia un descampado pedregoso, con hoyancos. Las madrigueras estaban ahí. Canek pidió las flechas, pero Guy, tímido, con los ojos dulces, como de conejo, mostró el morral vacío. Canek no dijo nada. Regresaron como si tal cosa.

La tía Charo dijo a Canek:

—Jacinto, busca a Guy. Hace media hora que fué a la troje por un poco de maíz.

—Aquí estoy, tía —contestó Guy.

—De aquí a la troje, muchacho, sólo hay diez pasos.

—De día sí, pero de noche, tía, lo menos hay veinte.

La tía Charo se encogió de hombros. Canek subió la mecha del candil.

En la hacienda sólo la tía Charo bebe agua de lluvia; los indios, agua de pozo. Guy trae una jícara con agua del aljibe. Se acerca a Canek y le dice:

—Jacinto bebe, yo no tengo sed.

Canek bebió y se humedeció los ojos para que no se le vieran las lágrimas.

—Niño Guy —dijo Canek— ni una nube; el cielo está limpio. Si no llueve pronto, se perderán las cosechas y vendrá el hambre. Cosa mala.

Al siguiente día Guy encendió una hoguera y con ímpetu se puso a soplar la columna de humo que subía.

—¿Qué haces? —preguntó Canek.

—Nubes —respondió Guy.

Los dos llegaron cojeando: Guy y el Pijas, el perrito más zalamero de la hacienda. Guy traía un pie vendado y el Pijas una de

---

Ediciones de *CANEK*

México, 1940.
México, 1942 (en *Héroes Mayas*).
México, 1944 (edición de Manuel Altologuirre).
México, 1946, (en *Literatura Indígena Moderna*).
México, 1946 (en *Cuatro Siglos de Literatura Mexicana*).
Berlín, 1948 (versión alemana de Ludwig Renn).
New York, 1949 (versión inglesa de William E. Bull).

las patitas delanteras. Los dos caminaban a saltos. Guy se quejaba y el perrito gruñía.

—Nos caímos, Jacinto —dijo Guy.

—Ya lo veo.

—Pijas se torció una pata pero ya se la curé.

—¿Y tú?

—No lo digas a nadie. Yo no tengo nada. Me vendé para consolarlo.

Exa desapareció. Como vino se fué. Guy salió a buscarla. Cuando, al cabo de un rato, regresó del campo, se dobló como una espiga y se quedó dormido. Canek se sentó a su lado y veló su sueño.

Cuando Guy despertó dijo:

—Jacinto, ¿qué les pasa a los niños que se mueren?

—Despiertan, niño Guy, despiertan.

Amaneció muerto el niño Guy. Nadie lo vió morir. Entre los pliegues de su hamaca parecía dormido. Tenía en los labios pálidos, una leve sonrisa también dormida. Canek recogió las cosas del niño. Guy, tras el retrato de su madre, había escrito: "quisiera ser el huésped de tus ojos". Canek se echó a llorar. La tía Charo se acercó a él y le dijo:

—Jacinto, si no eres de la familia, ¿por qué lloras?

El notario apuntó en su protocolo: la hacienda se adjudica con sus tierras, aguajes, bestias, indios y demás aparejos.

Llegaron a la hacienda los hijos del nuevo amo. Eran mozos de tez blanca, grandulones. Llegaron jinetes en caballos negros, de casco recio y de crin brillante. Entraron a galope entre nubes de polvo. Lo primero que hicieron fué echar sus bestias en las sementeras; lo segundo robar los cepillos de la iglesia y feriar los dineros; lo tercero robar la hija de D. Chumin, el albeitar. La llevaron lejos; se burlaron de ella y la abandonaron en el campo. D. Chumin, lleno de vergüenza, se ahorcó de las ramas de un naranjo. Los mozos vendieron la fruta antes de que se cinociera el suceso. Canek descolgó el cuerpo y lo enterró. Al enterrarlo parecía que sembraba semilla de hombre.

El herrero de la hacienda preguntó:

—Ya está terminado el hierro para marcar el ganado. ¿Hago otro para marcar a los indios?

Uno de los mozos respondió:

—Usa el mismo.

Canek rompió el hierro y huyó con los indios.

Los hijos del amo se frotaron las manos y gritaron:

—¡Se han sublevado los indios!

Los cerdos de la hacienda rompieron la barda de los chiqueros y se escaparon. Ensuciaron el viento con el olor de sus patas.

Otro de los mozos se agarró la panza y gritó también:

—¡Se han sublevado los indios!

El viento de la serranía se derramó por la selva, arrastrando consigo las miasmas de los lagos y los rastrojos de las eras, doblegó los maizales y cayó, deshecho, agrio y denso sobre la hacienda.

Los esbirros gritaron con regocijo:

—¡Se han sublevado los indios!

"SELECTA"

La Cerveza del Hogar

EXQUISITA Y SUPERIOR

Ante la insidia de los blancos, Canek convocó a los suyos. Sin decirles palabras les señaló una mesa donde había armas y pan.

Unos tomaron un pan. A estos les dió un arma y les dijo que defendieran sus casas. Otros tomaron un arma. A éstos les dió un pan y les dijo que defendieran sus trincheras. Otros tomaron un arma y un pan. A éstos les dijo que fueran capitanes.

Canek dijo:

—Ya se cumplen las profecías de Nabuc Fech. No se contentarán los blancos con lo suyo ni con lo que ganaron en la guerra; con maña querrán también la miseria de nuestra comida y la miseria de nuestra casa. Levantarán odio contra nosotros y nos obligarán a refugiarnos en los montes y en los lugares apartados. Y así iremos como las hormigas detrás de las alimañas y comeremos cosas malas: raíces, grajos, cuervos, ratas y langostas del campo.

Canek dijo:

—Los blancos no saben de la tierra ni del mar ni del viento. ¿Qué saben si noviembre es bueno para quebrar los maizales? ¿Qué saben si los peces ovan en octubre y las tortugas en marzo? ¿Qué saben si en febrero hay que librar a los hijos de los vientos malos? Ellos gozan, sin embargo, todo lo que producen la tierra, el mar y el viento de estos lugares.

Canek dijo:

—Los blancos hicieron que estas tierras fueran extranjeras para el indio; hicieron que el indio comprara con su sangre el aire que respira.

Canek dijo:

—Es bueno saber cuán diferente es la necesidad del indio y la necesidad del blanco. Al indio le basta un cuartillo de maíz, al blanco no le alcanza un almud. El indio come y bendice su tranquilidad; el blanco come y guarda el resto para mañana. No sabe que una jícara no lleva más agua que el agua que señalan sus bordes. Lo demás se derrama y desperdicia.

Canek dijo:

—El blanco parece que marcha; el indio parece que sueña. El blanco husmea; el indio suspira. El blanco avanza; el indio se aleja.

Canek dijo:

—Nosotros alimentamos las semillas; ellos alimentan las hojas. Bajo nuestras plantas caminan las aguas secretas, olorosas. Sobre ellos agitan sus alas aves carniceras.

Canek dijo:

—Los blancos son rojos. Son rojos como la mancha del oriente que los trajo; como el fuego que brota de sus manos; como el oro que se enciende en sus barbas. Los blancos son rojos.

Canek dijo:

—Los indios viven al lado de la tierra. Duermen en paz sobre su pecho. Los blancos la olvidan. Pasan sobre ella aplastando sus gracias. De ella sólo toman sus frutos.

Canek dijo:

—Hay hombres de espíritu levantado, impaciente. Para éstos una mañana es ya el principio de una tarde. Hay hombres de espíritu lento, dormido. Para éstos una tarde es apenas la continuidad de una mañana. Hay hombres de espíritu recio para quienes todas las horas están llenas del día. Para éstos se hizo el descanso de la noche.

Canek dijo:

—La palabra nació por sí misma dentro de lo oscuro. La palabra no es la voz que se dice ni la palabra que se oye. La palabra nace en las tinieblas de la conciencia. Por esto toda palabra debe ser sentida dentro para que la imagen sea espejo de sí misma.

Canek dijo:

—Las cosas no vienen ni van. Las cosas no se mueven. Somos nosotros los que vamos a ellas. Sólo el espíritu camina. La memoria no es ojo que se vuelve al pasado; es más bien la fuerza que nos permite ver lo que es, en su esencia, fuera del tiempo.

Canek dijo:

—Para el espíritu vale más un vicio limpio que una virtud sucia. Un vicio limpio puede guardar un deseo puro. Una virtud sucia supone una conciencia débil; con seguridad un acto de cobardía.

Canek dijo:

—No te enorgullezcas del fruto de tu inteligencia. Recuerda que sólo eres dueño del esfuerzo que pusiste en su cultivo; de lo que logras apenas si eres un espectador. La inteli-

gencia es como una flecha: una vez que se aleja del arco ya no la gobierna nadie. Su vuelo depende de tu fuerza pero también del viento y ¿por qué no decirlo?, del destino que camina detrás de ella.

Canek dijo:
—Nunca tengas miedo de tus lágrimas. Ningún cobarde llora. Sólo los hombres lloran. Además, hijo, las lágrimas siempre caen de rodillas.

Canek dijo:
—¿Y para qué quieren libertad si no saben ser libres? La libertad no es gracia que se recibe ni derecho que se conquista. La libertad es un recóndito estadio del espíritu. Cuando se posee entonces se es libre aunque se carezca de libertad. Los hierros y las cárceles no impiden que un hombre sea libre, al contrario: hacen que lo sea más en la entraña de su ser. La libertad de los hombres no es como la libertad de los pájaros, que se satisface en el vaivén de una rama. La libertad del hombre se cumple en su conciencia.

Los esbirros llegaron al rancho de San José. Las casas estaban desiertas; por las calles vagaban, aullando, los perros que perdieron a sus dueños. Los esbirros untaron de brea los techos de las casas. Cuando amaneció sólo humeaban las ruinas. Un vaho de agua quemada, agria, verde y gruesa, se sentía en el aire. Después talaron los puntales, arrancaron los cimientos, derramaron sal en los montes, cegaron los pozos y mataron las palomas que regresaban a sus nidos.

En el rancho de San Lucas, antes de incendiarlo, un capitán quiso dejar salir a los indios que no pudieron huir. Pero otro capitán dijo:
—Déjalos dentro. El indio quemado hace buen abono.

Del rancho de San Joaquín regresaron los esbirros que perseguían a Canek. Un capitán dijo:
—Traigo un hato de cincuenta bestias.
Otro capitán dijo:
—Sólo cuento veinte.
Otro capitán dijo:
—El número se completa con indios.

En la sabana Sibac no hay piedras para levantar una trinchera. En el horizonte se adivina la presencia de los esbirros, Canek, desnudo, con los pies clavados en el suelo, se dispone a resistir.

Uno de los esbirros ató las manos de Canek.
—Capitán —dijo Canek— le va a faltar cordel.
El capitán torció el nudo.
—Es inútil capitán, —añadió Canek— le va a faltar cordel para atar las manos de todo el pueblo.

Los esbirros regresaron cantando canciones devotas, que, en sus bocas, parecían blasfemias. Detrás de ellos, atados, cubiertos de polvo y de sangre, caminaba un hato de indios. Delante de ellos Canek parecía un escudo.

Los indios prisioneros fueron azotados en la cárcel. Los soldados que custodiaban a Canek dejaron de hablar: en las espaldas del héroe aparecieron las estrías de los cintarazos.

JOHN M. KEITH, S. A.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

Los jueces acordaron cortar una mano a Canché. El verdugo, acostumbrado a matar por la espalda a los indios, en presencia de Canché tuvo miedo. De las manos se le cayó el machete. Lo recogió la víctima y, de un tajo, se cercenó la mano. Luego se la entregó al verdugo.

Para que el alma de Balam llegara pronto al infierno, el verdugo lo ahorcó con un cordel humedecido con aceite. Como no había aceite en el cuartel, usó el aceite del altar. En el silencio de la tarde el cuerpo de Balam olía a incienso. Una paloma durmió en el hueco de sus hombros.

El padre Matías fué bueno con Canek. Le visitó en la cárcel y le hizo quitar los grillos. Mientras Canek recordaba al niño Guy, el padre Matías lloraba de rodillas.

El alcalde del lugar comunicó a quien debía que la rebelión de los indios fué cruel y que sus jefes despreciaron, llevados de sus instintos animales, la fe, la razón y las costumbres cristianas; y que por esto y, como escarmiento, aconsejado por la prudencia, se procedió a castigar a los promotores con energía acorde con la caridad.

Los hijos del nuevo amo celebraban el engrandecimiento de sus tierras y el aumento de sus esclavos. Discutían con sus jetas y se meaban en la plaza.

En el recodo de un camino, Canek y el niño Guy se encontraron. Delante iba Exa. Ni sus pisadas hacían ruido ni los pájaros huían delante de ellos. Sus cuerpos eran claros como clara luz encendida en la luz. Siguieron caminando y cuando llegaron al horizonte empezaron a ascender.

Washington, D. C. 1949.

HISTORIA DEL LIBRO CANEK

Canek *lo escribí por* 1939. *El manuscrito se lo regalé a Silvestre Revueltas. La copia en máquina, con correcciones, se la regalé a Daniel Castañeda. La primera edición de* 1940 *la publicó José Muñoz Cota. En el mismo año ya se había agotado y en la imprenta de Vargas Rea se empezó una segunda edición. Sólo se imprimieron unos pliegos. Los primeros que, amablemente, llamaron la atención sobre mi libro, fueron: Efraín Huerta y Luis Cardoza y Aragón. José Carnero lo quiso incluir en* Héroes Mayas (1942). *Las mejores páginas acerca de mi libro se deben a Andrés Henestrosa, Ludwig Renn, Raúl Rogers, José Luis Martínez y Andrés Iduarte. Ludwig Renn lo tradujo al alemán (Berlín,* 1948) *y William E. Bull al inglés. Esta edición se publica ahora en* New York *por* Occidental Book Club. *El música* Hively Wells ha compuesto una ópera, en acto, sobre su tema. Para celebrar *mis cincuenta años, mi amigo Manuel Zorrilla Rivera encargó al poeta Manuel Altolaguirre una edición limitada de* 100 *ejemplares* (1944). *La presente versión está corregida y condensada de acuerdo con la edición que publica, con fines escolares, la editorial* American Book, *de New York.*

E. A. G.

Algunos fundamentos del Historicismo

(En *Rep. Amer.*)

1º

LA VIVENCIA

El ser humano primero vive y después conoce. La vivencia es un proceso anterior al del conocimiento. Vivimos todas nuestras aptitudes y nuestras acciones en el mundo, no obstante que apenas si conocemos la mínima parte de unas y de otras. El error de las filosofías clásicas ha consistido en iniciar las sistematizaciones en que se ocupa por el conocimiento, con menosprecio de los verdaderos e íntimos impulsos vitales.

La vivencia es el hecho inmediato; es la primera realidad del ente que se vive a sí mismo y vive las cosas sin razonar la causa de tales actitudes. En ella osténtase la perfecta unidad del sujeto y el objeto. Ahí se vive en unidad, en plenitud. En el instante en que iniciamos el conocimiento del mundo interno o del externo, plantéanse los interrogantes del yo, el tú o el ello, con lo cual aflora la conciencia al campo de las realidades objetivas, que piden de consuno, el pensar científico y el desenvolvimiento técnico.

En el acto inmediato de vivir abarcamos nuestra "mismidad"; impónese el sentimiento de nuestra existencia. El estudio, la reflexión sobre este sentimiento, viene, después. Con apoyo en ese estudio afrontamos el problema del conocimiento, al cual destinan sus mejores actividades así los científicos como los filósofos. La vida misma va marcando la trayectoria del género humano. Se ha dicho que el hombre es un hijo de sus propias obras, cuando éstas, en realidad, son un producto de él. Somos los verdaderos artífices de la Historia; arquitectos del mundo de los valores y, también, de nuestro propio destino individual. Cuando las fórmulas en uso marchítanse la vida crea nuevas. Sistemas jurídicos o económicos que han agotado sus posibilidades todas, son incapaces de contener el empuje avasallador y creciente de la vida. Cuando el caso lo requiere, cada vez que languidece un estilo de vida, surge desde el fondo del alma del genio, el impulso renovador. Ello explica la rebeldía que acompaña a las almas predestinadas. Jesús mismo, manso y humilde en el Sermón de la Montaña, en no pocos instantes de su divino y ejemplar apostolado hubo de revestirse de actitudes airadas para defender ante la mezquindad y la incomprensión, la vida creadora que él representara.

Uno de los más grandes errores de la época inestable que vivimos es que el pensar filosófico marcha por un lado, y la vida por otro, muy distinto. Ni los movimientos religiosos, ni las escuelas filosóficas, logran ya acabalar en el hombre esa unidad de pensamiento y sentimiento, sobre la cual ha de levantarse la interna felicidad. Ello está demostrando, en forma evidente, que ambos canales, el religioso y el metafísico, se han separado ya, del cauce arrollador y prodigioso de la vida.

Alejandro AGUILAR MACHADO.

San José, Costa Rica.
Marzo de 1950.

El traje hace al caballero
y lo caracteriza
Y la SASTRERIA
"LA COLOMBIANA"
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO
le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.
Especialidad en trajes de etiqueta
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes

Dr. E. García Carrillo
CARDIOLOGIA (Radioscopía y Electrocardiografía), METABOLISMO, VENAS VARICOSAS.
Sus teléfonos: 1254 y 4328

Mensaje a Fresia Brenes de Hilarov

(En *Rep. Amer.*)

I

Fresia, niña inquieta,
nacida a la vera de
un buen caminante.
¿Para qué te inquietas?...
si vas por el mundo,
mirando en el Cielo
la mano de Dios.

De padre piadoso,
llegaste a la vida,
la tierra sus flores
y frutos te dió.
El Padre de todos
que está allá en los cielos,
te da de su agua, dulzura de Paz.

Por eso rehusas
seguir a los hombres,
por eso te mueves
hacia el manantial.

¡Qué tontos los hombres
que ignoran la fuente!...
midiendo distancias,
alejados siempre del
buen manantial.

II

Misterios recónditos
oculta el destino,
silencio circunda
esta hora febril...

Los ecos repiten
las voces de siglos,
los hombres cobardes,
como tú los viste,
la maldad de siglos,
fomentando van.

Jesús, como un faro
de luz que ilumina
y aclara la ruta
del hombre de Dios
vigila los pasos
de la humanidad...
Aún está muy lejos
la ruta de Paz,
la de los que tienen
buena voluntad.

Roberto tu padre,
formó en el cortejo
de aquellos que moran
con el Gran Señor,
que en forma del Hijo
representa amante
el faro que salva
en el Juicio Final.

III

Oirás buena Fresia,
lamentos y llantos
por los que alumbraron
con fuego infernal,
tienen sus legiones...

No te inquietes, Fresia,
es que Dios castiga
la carne mortal...
y el crisol del barro
sagrado del Hombre
el Rey de los Reyes,
vendrá a rescatar.

Palabras... palabras...
profieren los hombres,
pero sólo el Verbo
mueve nuestro amor.
Toma nuestra mano,
unge nuestra sien
y al oído dice,
la palabra fiel...

Tierras, tronos, pueblos,
civilizaciones, grandezas mortales
son polvo, no más...
Salomón, el Sabio,
no supo d'esta hora
y las vanidades, vanidades son.
Ni de los altares
queremos la gloria,
nos basta del Verbo
la palabra fiel.

ELLA.

México, septiembre de 1949.

Tras *Ella* se oculta una conocida educadora y escritora mexicana.

Antonio S. PEDREIRA. Vida y expresión

Por *Concha MELENDEZ*

(En *Universidad*. Río Piedras, Puerto Rico. 21-X-49).

VIDA

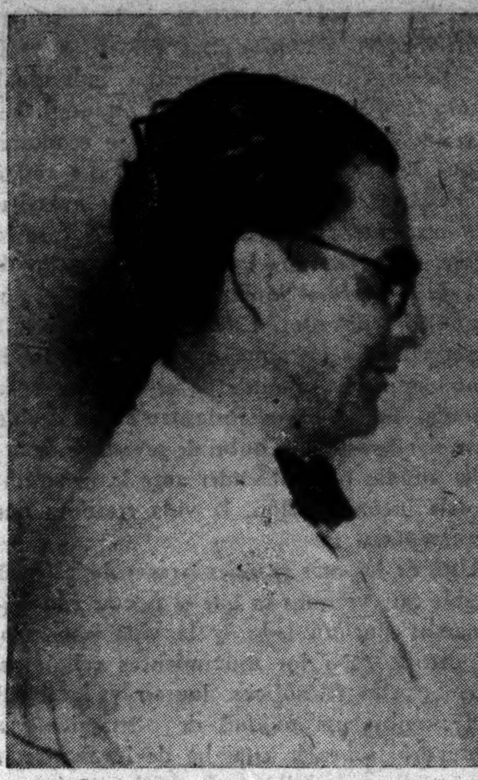
No voy a trazar un esquema biográfico de Antonio S. Pedreira por las vías usuales límites expresados en fechas exactas; hechos a todos visibles de estudios, honores y fracasos; resonancias deformadas por el comentario incomprensivo o superficial. Quiero describir la vida de Pedreira como la vieron cotidianamente mis ojos, sin sospechar que veían el dramático cumplimiento de deberes que una voluntad espoleada por aguijones misteriosos se imponía sin descanso.

Como estudiante en la Universidad de Columbia —momento duro de superación académica— Pedreira, mi condiscípulo entonces, aprovechó todos los recursos accesibles a su escaso haber, terminó su tesis de Maestro en Artes y en las horas que otro hubiera dedicado a las diversiones que ofrece Nueva York, hizo algo que no supe hasta que leí el prólogo de su *Bibliografía Puertorriqueña*. Comprendí entonces las largas ausencias de Pedreira, mientras la Casa Internacional donde nos alojábamos celebraba bailes o fiestas de las naciones, o cuando meramente charlábamos en grupos en el gran salón de invierno. Porque "al filo de otros empeños" el estudiante desglosaba los conjuntos bibliográficos que habían de ser fuentes de la *Bibliografía*.

Octubre era un remolino de color en parques y arboledas, mirado con asombro por quienes sólo conocíamos la gama de los verdes tropicales. Del Hudson, en noviembre, soplaron vientos agresivos, látigos de hielo. Hasta febrero, la nieve amontonada en las calles ponía resbalosas vallas a la aventura de ir al Museo Hispánico o a la Biblioteca de la Ciudad. En primavera era dulce ver reventar los botones de los árboles y gozar de la suave luz renovadora. Ni amenazas ni halagos del clima extranjero, apartaron a mi amigo de sus investigaciones, con las cuales, en su propio decir, preparaba, simplificados los caminos, el diagnóstico espiritual de mi pueblo. Y todo ello trabajo realizado fervorosamente y en silencio. Yo no adiviné entonces el alcance de aquel afán, que él sabía trascendente. El trabajo con ausencia de vanidad y desdén por el aplauso fácil o prematuro es lo que convierte a esta vida en ejemplar rarísimo, sobre todo en nuestro ámbito isleño; donde el revolar de la fama se mantiene a veces con brillos falsos y colorines indecorosos. La afirmación de Pedreira como valor admirado o discutido, pero valor señero, aún en la conciencia de quienes le impugnaron, es el logro más alto de su equilibrio moral.

En las faenas del Departamento de Estudios Hispánicos, escrupulosamente velaba por el bienestar de sus compañeros: el salón más incómodo lo dejaba para sus clases: estudiaba los programas para que todos tuviéramos siquiera una tarde de descanso; recibía continuas visitas de estudiantes o antiguos discípulos y para todos tenía respuestas humorísticas o graves pero siempre certeras en la sugestión necesaria. A todo atendía con la sencillez del fruto que madura para darse y desconoce otro destino.

No puedo concebir esta vida metafóricamente sino en claroscuro; sombra y claridad alternadas, no simultáneas. La sombra aquí es recogimiento e intensidad vital, buceo de la inteligencia, fatiga del investigador, esfuerzo en suma, sembrado de renunciaciones. Renunciar a esas humildes cosas que los espíritus selectos aman: la conversación sosegada, la lectura sin más trascendencia que el goce de lo



Antonio S. Pedreira

leído por bello; el inofensivo ejercicio de contemplar e imaginar. La claridad externa se hace en el instante en que el silencio se interrumpe para dar paso a un libro, a un ensayo, a un artículo.

Río subterráneo de profunda corriente fué esta vida, que por momentos rompió brechas vertiéndose hacia arriba en surtidores amargos como las realidades que definió, "le acosaron a preguntas y quebrantaron insistentemente su reposo".

EXPRESION

Seis libros publicados y dos inéditos; algunos ensayos y artículos dispersos en revistas, niegan, con su unidad intencional y la dación sin pausas a lo nuestro, aquellas palabras que terminan el prólogo de *Aristas*: "No hace uno cuanto debe; hace lo que puede". Detrás de esas palabras está la insatisfacción que había de punzarle hacia deberes que él mismo se asignó: el más cumplido, la dedicación a temas desgajados de la vida y la conciencia puertorriqueña. Hizo aquí lo que debió y no pudo hacer más en la medida de su tiempo colmada de súbito.

Aristas recoge la adolescente zambullida en lo universal con más largo detenimiento en lo español e iniciación en lo puertorriqueño. El *Ensayo Cromático* es el límite más cosmopolita de aquel libro, donde recoge la polémica sobre los términos "portorriqueño" y "puertorriqueño".

El entusiasmo por los epigramas de Marcial, descritos por Pedreira como sátiras festivas y venenosas, anticipa, cambiando el veneno por el noble propósito de mejorar las publicaciones nativas, una de las fases más eficaces de su obra: la serie de *Aclaraciones y Críticas*. Allí el humorismo, duende gracioso, vigila siempre tras la expresión grave o admonitoria para abrir el grifo de la travesura.

Pero *Aristas* es aún, en conjunto, libro de juveniles tanteos. El salto afirmativo que da Pedreira dos años más tarde al publicar *Hostos, ciudadano de América*, acusa un acelerado proceso de madurez que ahora se define en anhelo de avanzar con botas de siete leguas, como el personaje del cuento infantil. La biografía de Hostos comienza en nuestro país y en el mundo, la revaloración de la obra hostosiana, pero es también, como sucede en los libros de hombres fundamentalmente buenos, una autodefinición. Describe Pedreira a Hostos, urgido por apetencias de integridad moral, labrando a golpes la renunciación y la abstinencia "la columna interior en que han de descansar los hábitos". Y esas palabras revelan el proceso de su propia vida. La limpieza, bondad y deseo de ser justo que a Hostos atribuye, fueron también sus virtudes.

De aquí a los desfiladeros de *Insularismo* sólo hay el atajo de dos años. Sarta de ensayos girantes alrededor de un tema único: el cómo hemos sido y cómo somos. *Insularismo* fué la obra más amada de su autor, la que vistió de más humana y ardiente sinceridad. Como afirmé en la *Revista Hispánica Moderna* de la Universidad de Columbia, "complejas son las implicaciones del tema que parten de soportes biológicos, geográficos, históricos. Nunca se nos había hablado, con más valentía, de nuestros defectos. Y el vigor de la censura ha levantado las reacciones contrarias de muchos y la aceptación serena de pocos. Más allá de nuestro acatamiento o disconformismo ante el libro de Pedreira, deberá situarse nuestra simpatía por quien afirma, en confesión que descubre su inquietud ante nuestro destino: "Nosotros creemos, honradamente, que existe el alma puertorriqueña, disgregada, dispersa en potencia, luminosamente fragmentada como un rompecabezas doloroso que no ha gozado nunca su integridad".

Jorge Mañach en su ensayo *La Crisis de la alta cultura Cubana*, Samuel Ramos, en *Perfil del hombre y Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana* no analizaron con más fervor lo nacional respectivo, descubriendo sus faltas y peligros. Así *Insularismo*, situándose estrictamente en lo puertorriqueño, responde a inquietudes sincrónicas de la juventud hispanoamericana contemporánea y, como me escribe Manuel Pedro González doliéndose de lo que en Pedreira hemos perdido, es, en su capítulo final, aplicable a toda Hispanoamérica.

Cuando el autor de *Insularismo* exhorta a los puertorriqueños a cultivar ideas y sentimientos viriles; cuando nos previene contra la equivocada suficiencia con que igualamos los valores humanos creyéndonos capaces de opinar, sin previo conocimiento, sobre todas las situaciones, señala la confusión injusta que entre nosotros desequilibra las jerarquías espirituales, minando "la dimensión más expresiva de la cultura; la profundidad".

Insularismo, y esto lo aclara desde la segunda página su autor, sólo aspiró a plantear problemas, no a resolverlos. Tan graves son los nuestros, que nadie en justicia debió exigir a Pedreira soluciones que no son posibles a un solo hombre y necesitan tiempo y espacio para forjarse con validez. El remedio para nuestra crisis sólo pudo expresarlo Pedreira en fórmula de posibilidad. Meditemos sobre estas

palabras suyas y hagamos actos de contricción y acopio de civismo para vivirlas cabalmente.

"Si en esta crisis de nuestra cultura hacemos una recaudación de alientos superiores, para cultivar una esperanza unánime; si limpiamos las provincias de la vida pública de los espíritus vacíos, roídos de discordias y malquerencias; si levantamos el gravamen de tanto profesional inculto disfrazados de eminencia; si atendemos en fin, a nuestra conciencia colectiva cuidando de las transformaciones de la oruga hasta que sus anillos aseguren movilidad independiente y propia, yo estoy segura que en no lejano día veremos volar la mariposa".

Vida y expresión cumplida, no podría hablarse de Pedreira como de un malogrado, a pesar de su temprana muerte. Me cupo acompañarle y alentarle —porque humano era, y hacia adentro llevó el don de espinas que recibe quien está en la altura— en los momentos más graves de su vivir. Ahora es hondo el goce cuando descubro que mi lealtad al condiscípulo, al colega, al hermano, no muestra el más leve desliz. Ausente el recuerdo de sus normas éticas seguirá siendo para mí, coraza y fe. Este es el mejor elogio que puede hacerse de una vida, y el que hubiera aceptado con mayor regocijo el limpio decoro de Antonio S. Pedreira.

Testimonio

(*Atención de la autora,*
en New York. Enero 1950).

Carlos Luis Sáenz. *Mulita Mayor.* Rondas, Cuentos y Canciones de mi Fantasía Niña y de mi Ciudad Vieja. *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 1949.

Una de las lagunas más inexplicables en la literatura hispánica es la escasez, cuando no la ausencia de literatura para niños, género que abunda tanto, y que ha producido obras geniales, en los países nórdicos. Resulta doblemente extraño dada la riqueza de los elementos folklóricos tanto en España como en los países hispanoamericanos, reforzada en estos últimos con la aportación india y africana. Al mismo tiempo que se nota esta falta, queda uno intrigado al buscar la razón de que sea Costa Rica, con los inolvidables *Cuentos de mi tía Panchita* de Carmen Lira y ahora con esta deliciosa obrita de Carlos Luis Sáenz, el país que más se ha destacado en este sentido. Dejando que la fantasía vuele libremente, uno se pregunta si no será ese aire de país de hadas, ese paisaje de *Marchen*, que es el encanto de Costa Rica, lo que ha proporcionado el ambiente para que florezca este tipo de literatura.

Con fina gracia y delicada ternura el señor Sáenz evoca, al recontar los cuentos y los juegos de su infancia, tan conocidos de todos y al mismo tiempo tan intensamente personales, toda la poesía y misterio que rodea los albores de la vida que es la niñez y, sin que él lo diga, siente uno el inconsciente e inestimable valor de la tradición. No sé si nos hemos dado debida cuenta de la cultura que encierran estos entretenimientos infantiles. En ellos está la historia, no sólo de la raza, sino de la humanidad. Es el suelo que nutre las más profundas raíces de la poesía.

Es tan fino poeta el señor Sáenz que al rehacer esas escenas y memorias de su niñez se pasa casi insensiblemente de la poesía popular a su propia creación original. Y, de paso, con unos cuantos delicados trazos, evoca todo el ambiente de su ciudad natal, los personajes, los paisajes, las fiestas y el suave misterio con que despierta el niño a la vida.

Habría que añadir que la piedra de toque de la buena literatura infantil es que no sea sólo para niños, sino que ejerza el mismo encanto en grandes y pequeños, que no tenga edad. De esta clase de libros es *Mulita Mayor*.

Harriet de ONIS.

ALEGRIA

(*Viene de la pág.* 124).

Cuán dulce se escucha el canto en el bosque antiguo.
Cuán grato suena al oído el piano de aquel vecino.
Qué azul está la mar, y cómo duerme, Dios mío.
Cómo brilla el cielo inmenso con su corazón de gloria
y qué negros y qué hermosos tiene los ojos mi novia.

Cuántos paisajes pinta de un extremo a otro extremo
el riachuelo primoroso que es un pincel sobre el suelo.

¡Cuánto canto de calandrias!
¡Qué de sonrisas y besos!

Cómo sopla entre las flores, silente y amoroso, el viento.
Cuán distante está la muerte y qué cercana la vida.

¡Qué felicidad! ¡Qué milagro! ¡Qué maravilla!

Te miro a mi lado, amor mío, y me parece un cuento:
"Erase que se amaron siempre la primavera y el viento".

9 de julio de 1948.

Arturo MONTERO.

"EL GREMIO"
ANTONIO URBANO M.

TELEFONO 2157
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José — Costa Rica

Precio de ejemplar:
En Costa Rica: ₡ 5.00.
Exterior: 1 dólar.
Dirigirse al Administrador del *Rep. Amer.*

LUIS ALBERTO SANCHEZ,

Profesor ahora en la Universidad de Puerto Rico, nos pide que pasemos este recado a los escritores del Continente, en especial a los críticos, sociólogos y novelistas:

De nuevo en el destierro, y objeto de la barbarie del militarismo limeño, se ha visto privado de su Biblioteca. Ruega, por lo mismo, que le envíen sus producciones.

Señas: Facultad de Humanidades,
Universidad de Puerto Rico,
Río Piedras, Puerto Rico.

QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Cien mil estudiantes buscan maestro

Por *Germán* ARCINIEGAS

(En *El Tiempo* de Bogotá. Suplemento Literario del 3-VII-49).

Hace treinta años, cuando yo era ya un estudiante universitario, nos encontrábamos todos los de la América indoespañola en plan de revolución, resueltos a que en el mundo de las aulas se pudieran oír cosas nuevas. Éramos cien mil estudiantes que andaban en busca de un maestro. Como la irreverencia estaba al orden del día, nuestro grito era el que nos había enseñado don Manuel González Prada, desde Lima: "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!" Con ese grito hicimos las huelgas estudiantiles, invadimos los consejos académicos, echamos de sus cátedras a muchos profesores ineptos. Aquello fué uno de los más grandes escándalos del siglo. Indignados, los periódicos tradicionales tronaban contra la inaudita algarabía que entonces dió a todas las ciudades de América color de alegre desbordamiento juvenil.

Lo extraño y paradójico fué que gritando así: "Los viejos a la tumba!...", moviéramos nuestras banderas de esperanza hacia la casa de algún maestro, como don Enrique José Varona, que andaba ya por los setenta años. Era él como de nieve, como de lino, como de algodón. Vivía en La Habana, tal como ha evocado magistralmente su figura Eugenio Florit, quien era entonces un estudiante. Oyendo a Florit he pensado que don Enrique José hubiera sido un buen modelo para Sorolla, que era entonces el maestro del blanco de plata en la pintura al aire libre. Don Enrique José cuidaba con el mismo esmero de sus canas, que del vestido, la camisa, el corbatín, todo blanco, a tono con los soles de Cuba.

Nosotros, en Colombia, en el Perú, en la Argentina, sabíamos de don Enrique José porque las páginas suyas, reproducidas en el *Repertorio Americano* de García Monge, llegaban a todos los rincones de nuestra América. Y del *Repertorio* pasaban a nuestros periódicos de estudiantes, se leían en nuestras asambleas, eran citadas en nuestras conversaciones del patio de la Facultad. Nosotros decíamos: "Los viejos a la tumba, y que viva don Enrique José Varona!"

No hay en esto nada de extraño. Todo depende de saber qué es un viejo. Un viejo, para nosotros, era el hombre que se había detenido, que pensaba hacia atrás, que se repetía mecánicamente. Teníamos viejos en los compañeros que se sentaban en los mismos bancos de clase. Estos viejos de veinte años eran los que más nos impacientaban. Pero los que a los setenta años tenían abierta la mente, fresca la curiosidad, alerta el sentido, estaban en nuestras filas. El viejo que nosotros queríamos mandar al otro mundo era aquel que se presentaba como un estorbo en la carrera ideal que habíamos emprendido. Teníamos decisión inquebrantable de superar una universidad conservadora, muerta, sin fe y sin esperanza.

Vivía Cuba entonces, como muchas otras repúblicas de América, bajo una dictadura que repugnaba al limpio espíritu de la juventud: la dictadura de Machado. En la Universidad no circulaba sino una idea: limpiar a la isla de ese gobierno. Devolverle su libertad. Naturalmente, lo que los estudiantes imaginaban como medios de lucha no eran sino actos simbólicos. Ellos sólo querían que se oyera muy claro el grito de su fe. Y lo que acordaron fué rendir un homenaje a Varona. La juventud atravesó las calles de La Habana en alegre manifestación, y se dirigió a la modesta casa en donde vivía el hombre vestido de blanco.

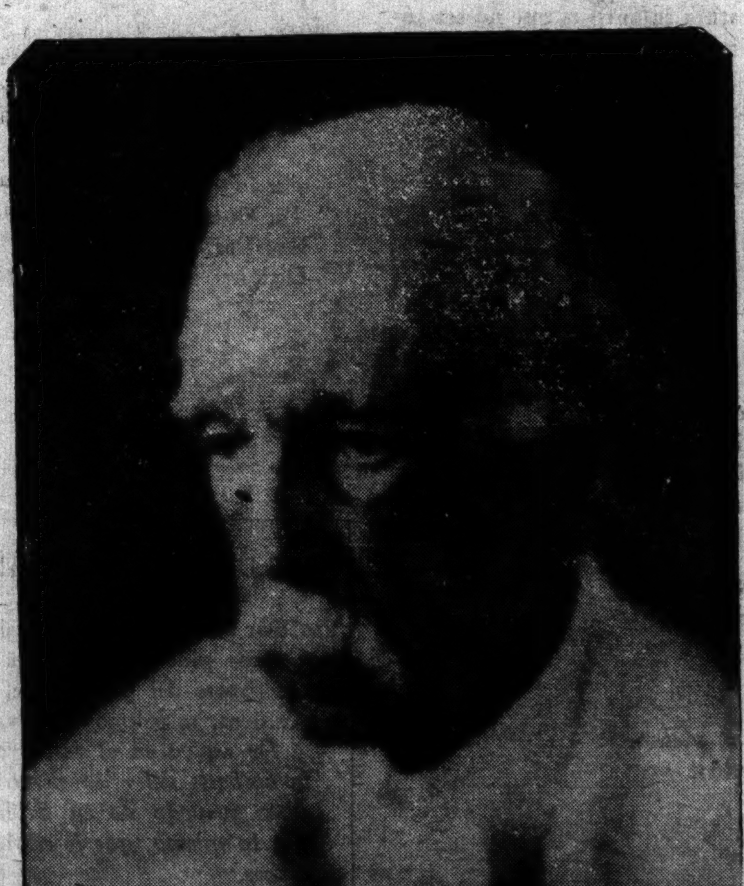
Lo que ocurrió aquel día no lo olvida ninguno de los estudiantes de entonces. El gobierno contestó a ese gesto en el lenguaje propio de su estilo. Frente a la casa misma de Varona, a garrotazo limpio la policía obró de acuerdo con el plan. Y el maestro de setenta años, donde no era posible hablar, con su blanco traje de lino, salió al jardincillo de su casa, más resuelto, más vehemente que los propios estudiantes, para librar de garrotazos a los muchachos.

Se representó entonces frente a la casa del maestro ese otro pequeño drama que ha sido paradoja, también frecuente, en nuestra vida de la América indoespañola. La policía se llamaba "la autoridad". ¿Dónde había realmente autoridad? Hay autoridad en el garrote que esgrime un peón analfabeto bajo las órdenes del dictador de bruta ley, o en una juventud iluminada que llega a la casa de un maestro para declarar su fe liberal?

Si en el incidente de La Habana se considera que la autoridad estaba en los garrotes, la autoridad deja de tener substancia moral, es sólo un poder físico que merece el desprecio de cuantos estimen en algo la dignidad humana. Hay que hacer una distinción fina en estos casos, si no se quiere naltecer la barbarie. Hay gobiernos sin autoridad. La autoridad no es un poder que se asalta de cualquier modo, sino una calidad que se perfecciona o marchita cada día, con mayor razón cuando quien pretende tenerla está en primer plano ante la consideración pública. Entre quienes abusan del poder hay una tendencia a hacer de la autoridad sólo un derecho de abuso —extraña expresión ésta— que en último término se impone por la fuerza bruta. Si eso fuera autoridad, entonces el anciano del traje de lino, el de la lamparilla del saber, cuya cabeza se hizo blanca en el estudio, no tenía ninguna en esa tarde dramática de su vida ejemplar.

¿Qué era don Enrique José Varona? Sobre esto me parece que ni entonces, ni hoy nadie ha tenido duda alguna: un maestro. Maestro en el arte de enseñar a estudiar, en el de mostrar cómo el hombre de estudio tiene que ir ensanchando el horizonte para penetrar en zonas que a primera vista son oscuras. Pero, ¿era don Enrique José un cubano? ¿Sentía la política de Cuba? ¿Era, a más de la flor de mármol, que dijo Martí, hombre de carne y hueso? ¿Era un filósofo?

Sobre todo esto se ha discutido. En nuestra América solemos pedir a los grandes hom-



Dr. *Enrique José Varona*

Marina Gamba

Por *Emilia* PRIETO

(En *Rep. Amer.*)

La vida de Galileo tratada en el libro *¡E pour si muove!* de Harsanyi induce a reflexiones que merecen comentarse. Es en síntesis una viva y dramática sucesión de episodios encarnados en el destino de un sabio que en pleno siglo XVI, bajo el acecho satánico del Tribunal del Santo Oficio para sanción inmediata de toda herejía, había de proclamar el principio científico del movimiento de la tierra.

Las teorías copernicanas lo llevan, ya en sus años avanzados, a vislumbrar que no son ellas una simple especulación científica peregrina y parcial cuya defensa le ha costado martirio, persecución y cautiverio, sino que forman parte de una concepción total del mundo, diametralmente opuesta a los principios ptolomeicos y aristotélicos del dogmatismo peripatético entonces vigente.

Comenzó precisando las leyes del péndulo en la lámpara de la Basílica de Pisa y después de innumerables inventos y descubrimientos, aplica como uno de sus aportes finales al progreso humano, las leyes del péndulo al reloj. Fabrica uno a tientas, ya ciego y el procedimiento técnico de la movilidad ininterrumpida lo deja para algún sucesor.

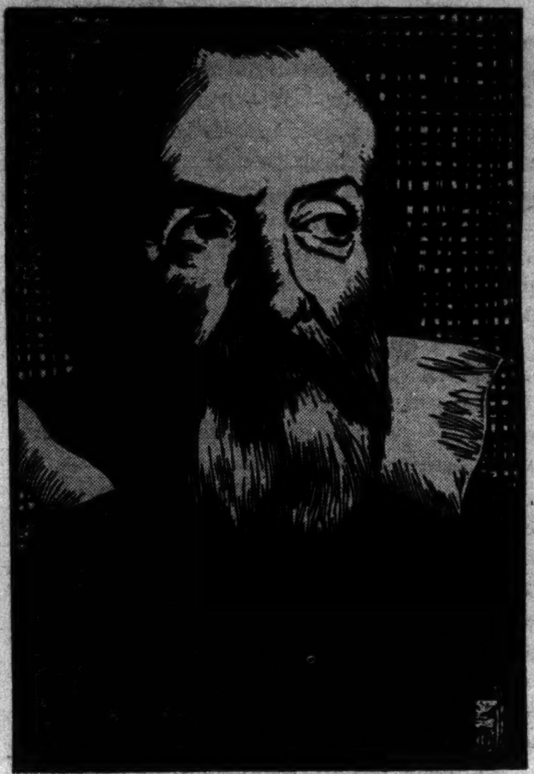
La vida afectiva de Galileo desconcierta porque su grande y cálido corazón está predestinado a la indiferencia de todos cuantos son objeto de su invariable cariño. La madre, los hermanos, los hijos, —aun el padre— no correspondieron al bondadoso interés, a la afectuosa solicitud y al desvelo que por ellos tuvo. Sólo Sor Celeste, la angelical religiosa que en el mundo fuera Virginia Galilei, su hija mayor, colmó plenamente, en el alma atormentada y solitaria del gran genio todo el afecto negado por los otros. Y de tal proporción fué ese filial cariño, tan poseído del espíritu de la santa criatura, que el proceso inquisitorial contra su padre le produjo la muerte. De entonces hasta su fin la soledad de Galileo fué absoluta.

Pero recordando todos los aspectos de esta vida fecunda e inquietante, todo cuanto hubo de rodearlo, de influir en su espíritu y de hallarse en contacto con este destino singular, surge en la mente obsesiva, la figura extraña de su amante Marina Gamba. Tan extraña, para el mismo Galileo tan enigmática e incomprensible, que al final de su convivencia con ella se confiesa a sí mismo perturbado que ese firmamento del cual el astrónomo arrancó tantos secretos, es menos inextricable que el alma misteriosa de esta mujer.

Habiéndose enamorado de Bianca Capello al explicar la balanza hidrostática ante los Médicis, aquel amor oculto del que sólo él tuvo conocimiento y que la bellísima modelo del Ticiano siempre ignoró, no sufrió mengua con la muerte de ella acecida poco tiempo después.

Pero en Venecia creyó hallar en la hermosura de Marina Gamba la encarnación fiel de la querida imagen que vivía en su recuerdo. Idealizó a Marina, su idilio en los Jardines de Murano parece un gobelino del Renacimiento, se decepciona al constatar que su amante había tenido otros amores y a pesar de eso se hubiera casado con ella si las obligaciones para con su madre y sus hermanos no le significaran la total entrega de los pocos florines que ganaba por entonces.

Nacen hijos y Marina no es otra cosa para el gran florenino que la abnegación constante, la dicreción, la fidelidad y la bondad personificada. Madre ejemplar, pasa largas noches de desvelo sobre la camita de Virginia, atacada por grave dolencia y en silencio sufre privaciones y necesidades así como la infidelidad constante del padre de sus hijos sin un reproche ni una queja. Sabe bien que Galileo jamás



Galileo Galilei

*

la hará su esposa. Que su vida ya de hombre famoso, frecuentador de cortes, amigo de monarcas y pontífices, lo alejará de ella más y más, sin que él omita hacerle sentir constantemente su humillada posición de concubina indigna de su nombre. Mas no hay incidente alguno por eso. Marina cumple sacramentalmente sus deberes de madre y compañera. Sus hijos son felices. Jamás sus almas candorosas son ensombrecidas por su pena. Hace de ellos el objeto constante de sus desvelos y en medio de pobreza y abandono los mantuvo siempre limpios, pulcramente vestidos, solícitamente atendidos. Buena cuenta se da de que Galileo ya no la quiere. El por su parte se ha preguntado a sí mismo, con extrañeza, cómo pudo haber hallado nunca parecido alguno entre Ma-

---

bres que se mezclen en todos los pequeños pleitos de nuestra vida, que no se encumbren, que muestren su pasión viva en cada instante. Con tanta gente como hay ya en nuestras ciudades, solemos sentirnos solos. Reclamamos para la acción política a quienes tienen su puesto en los estudios donde el silencio es necesario.

Don Enrique José vivió a distancia mucha parte de su vida. Era europeo por esa vocación suya que le empujaba a mirar en todas las literaturas, cosa que fué lo más americano de los americanos del siglo pasado. La gente decía que era un filósofo, y ésto se ha contradicho diciendo que no tuvo él, que no dejó un sistema filosófico orgánico.

La verdad es que para los estudiantes de nuestro tiempo, para los de La Habana que le hubieran querido ver muchas veces más cerca de la línea de fuego, aquel hombre parecía frío, reservado y, sin embargo, tenía su humanidad despierta, había sido el definidor de momentos estelares en la vida de Cuba, era el maestro que en el momento preciso también estaba en la calle al lado de la juventud contra la dictadura.

Como amante de la sabiduría, nadie le superaba. Tenía por ella amor vehemente, desvelado amor, y una actitud propia, un juicio personal. Lo que se ha dicho, una vocación revolucionaria para moverse en el mundo de las ideas sin prejuicios. Por eso descubrió nuevas pistas para juzgar la obra de Cervantes. Por eso en su ensayo sobre Caín nos hace mover en tanta dirección distinta, con el propósito de buscarle toda la hondura al tema en las más remotas interpretaciones del personaje bíblico. En su labor periodística, de todos los rincones de América le seguíamos con devota atención. Hay filósofos que logran formular sistemas propios y reducen a un esquema genial el mundo de las ideas. De éstos, en siglos, el mundo puede señalar una decena de nombres. Pero hay, además, esa inclinación íntima a la profundidad, que nos permite encontrar hasta en el vulgo atisbos maravillosos de interpretación. Esta inclinación cría filósofos, y aun de mayor provecho porque son los que atrapan al vuelo la nota fugaz preñada de anuncios, y descubren sus secretos. Así se extiende el concepto de la filosofía, se humaniza, sacándolo de una zona presuntuosa de profesionales sin originalidad. Por eso a los maestros, a los conductores les tenemos por filósofos. Tal don Enrique José, que mantuvo en sus dedos insomnes de hilandero de ideas ese hilo de luz que siempre veíamos como alargándose, elástico, en una estampa de la sabiduría.

Era él, ante todo, un escritor. Hacía tan bien las frases, tenía lenguaje tan rico, que hoy es clásico del idioma español. Pero, ¿era aquello mármol? No me parece. Hay páginas de Varona escritas con palabras transparentes que no sólo dejan vivo el color, sino que precisan matices que sólo puede ver bien una pupila experta en mirar las cosas animadas. Hay frases de profunda resonancia. Entonces el maestro que hemos visto en estatua de mármol se trueca en bronce. Oímos la campana. Pero, además, superó al bronce. Fué de carne y hueso, fué humano en aquella tarde estudiantil de La Habana.

El testimonio que doy de Varona puede ser literario. Nunca le vi de cerca. Cuando oigo hablar de Varona a Eugenio Florit, que fué discípulo suyo, siento envidia de Florit. Cómo queríamos, de verdad, los estudiantes iconoclastas a nuestros maestros, con fervor místico! Aquellos años de nuestras luchas juveniles fueron los estupendos de nuestra vida. Un cuarto de siglo ha pasado, y ni las revoluciones del mundo, ni las experiencias más variadas, disminuyen en nosotros el entrañable amor que profesamos a los claros varones que en la hora de lucha avivaron nuestra esperanza frente a los turbios viejos oscuros que eran símbolos de una América estéril, y por estéril imposible.

rina Gamba y Bianca Capello. Pero un día, su hasta entonces desventurada amante lo llama y con amable naturalidad le confiesa que va a contraer matrimonio con Giovanni Bartoluzzi. Galileo parece turbarse. Ella le suplica no fingir una preocupación que no siente. Ella misma renuncia a los hijos con absoluta indiferencia y al entregarlos para que el padre los conduzca en un coche a Florencia, no espera ni que el carruaje arranque, para mantener con la mano emocionada en alto el último adiós a los seres queridos que para siempre se desdibujarán en el horizonte y en su destino, sino que con espartano estoicismo cierra la puerta sobre ellos que aún no han terminado de instalarse dentro del carro para partir.

Y jamás los hijos recibieron ni cartas ni recuerdos de la madre ni Galileo otra noticia de aquella mujer que la de su muerte acaecida después de haber transcurrido muchos años y de haber hecho completamente feliz al hombre que la eligió por esposa. Sólo Sor Celeste agonizante tuvo como última visión la de su tierna madre, ya difunta, que sobre ella se inclinaba como siempre, cariñosa y solícita.

¡Aquella mujer! Asombrado el lector con la biografía del grande hombre que presenta Harsanyi, tropieza, como tropezó el mismo Galileo, con esta extraordinaria mujer.

Víctima de una desgraciada seducción sin amor, la hace dichosa aquel verdadero y tierno afecto de que se le ha llenado por primera vez el corazón. No será compañera intelectual ni espiritual del matemático porque es sencilla e ignorante, pero eso sí, lo suficientemente discreta para comprender que está al lado de un titán de las Ciencias y el conocimiento al que respeta, admira y obedece como el niño a sus mayores, con el buen grado del creyente devoto, fervoros y de hinojos ante rituales cuya liturgia no comprende. Es alegre, bondadosa, diligente. Trata con cierta piadosa ternura al grande hombre que tiene mucho de niño. Nada le altera el ánimo ni perturba su natural bondadoso. Sabe que su vergüenza lo es a perpetuidad por razones de orden social y religioso que tampoco comprende, pero que comienzan a taladrarle el alma hasta tocar con las vetas auríferas de una subjetiva protesta, de una íntima e inexorable sublevación. Pero esas corrientes que se vuelven después tempestuosas son demasiado profundas. La superficie se mantendrá hasta el final imperturbablemente serena y apacible. Rugen en lo arcano de su espíritu los vendavales de la indiferencia, la infidelidad, la amarga decepción. El puro sentimiento de su amor no correspondido, es ya algo mustio y marchito. El hombre a quien ciegamente se entregara se lo negó todo. Sus obligaciones de familia no le permitieron casarse con ella cuando la conoció. Su creciente fama, su mundano vivir en las cortes se lo impidieron luego. La mantiene siempre oculta, avergonzado de ella cuando es profesor en Padua.

Le manifiesta sin ambajes el grave problema que una mujer como ella es para el sabio protegido del Gran Duque, que va a instalarse en breve, con la aprobación entusiasta de palaciegos y nobles, en la corte de Florencia.

Y la compleja amalgama de su alma acerada que ha oído infinito número de veces las mismas razones deprimentes, los mismos ofensivos argumentos, reacciona en frío. Ni un enojo jamás, ni una lágrima. Soporta con beatífica paciencia las feroces injurias de la madre del sabio y termina por plantar su enorme dignidad de mujer mil veces ultrajada por encima del sentimiento más grande de que es capaz el alma humana: el amor maternal.

Se ha producido un desconcertante fenómeno de cerebración, de razonamiento crudamente real en la extraordinaria mujer. Confinada de por vida a la sombría cárcel de su cruel destino, es a través de un nuevo afecto que habrá de ser definitivo, como inicia el andar por el amplio y luminoso camino de su liberación. Pero ese inalienable derecho a la libertad y a la dignificación ha de pagarlo con el precio carísimo de sus tres hijos. Es la convicción firme y profunda de que no es posible una vida eterna de desprecio y escarnio, es la reacción compleja de que sólo es capaz un psiquismo libérrimo, lo que induce a esta mujer a pagar con la más preciosa moneda que existe el valor de su inefable rebeldía. En tanto que una sociedad injusta, ptolomeica, reaccionaria y aristotélica es el oscuro telón de fondo de este que parece un drama de O'Neil. Y porque, basado en la antigüedad de esos principios algún Concilio discutió si las mujeres tienen o no alma, esta mujer en ademán rectilíneo y elegante, asumiendo proporciones clásicas, cierra cautelosamente la puerta de su firmamento interior ante la ingenuidad de quien descubre los satélites de Júpiter y para quien aquel psíquico espacio sideral será definitivamente inescrutable.

Marina Gamba se reivindicó a sí misma en plenas tinieblas medioevales. Pero aún esperan cientos de millones de mujeres como ella.

¿Qué puede redimirlas, a todas, a las humilladas y prostituídas, a las ofendidas, a las miserables y escarnecidas hasta el vicio, el crimen y el oprobio?

Sólo una cosa. El nuevo concepto del mundo que, con base en las teorías copernicanas, Galileo formulara en el siglo XVI y que hoy, en pleno siglo XX, se abre camino entre tinieblas de reacción, heroicamente!

Calabozos de la Segunda República.

Costa Rica, agosto 10 de 1948.

TESTIMONIO

México, 14 de Enero de 1950.

Muy querido Don Joaquín:

Le envío estas cortas líneas de saludo con Carlos Luis Fallas. Estos días en México me han hecho conocer valores de Costa Rica que pertenecen a nuestro total continente y lo ahondan y extienden.

Así me ha tocado conocer al poeta Cardona Peña y su poesía desbordante y solar.

Mi gran sorpresa ha sido la Mamita Yunai *de Fallas. Es el libro más hermoso que he leído por años. Y a este joven Gorki que nos ha salido en América, con ese mismo alto sentido de la realidad y de la ternura, le encomiendo ahora saludarlo, Don Joaquín, esto es, llevarle una vez más mi devoción y cariño.*

Abrazos para todo 1950, año de la liberación de nuestra América.

Pablo NERUDA.

Otros versos

de *Arturo MONTERO*, en San José de Costa Rica.

(En el *Rep. Amer.*)

FLORACION

Mira su dulce rostro en clara fuente,
clava sus bellos ojos en el cielo,
le arrebata a la luz su sello ardiente
y se tiende, llameante, sobre el suelo.

Acaricia amorosa y casi oprime
la temblorosa hierba entre sus manos,
y voluptuosa, y fácil, y sublime,
lanza a los aires su cantar profano.

Su sonrisa magnífica y callada
anuncia el esplendor de la mañana:
con divino rubor de bienamada
florece blanca, roja, azul y grana.

(La rosa se entreabrió en una alborada,
el rocío cubrió su piel hermosa,
la calandria cantó su fiel tonada,
y el sol le dió su luz a cada cosa).

México, D. F., junio de 1948.

*

SUCESO

Se truncó una vida,
y pareciera,
como si un ala de un pájaro
estuviera malherida.
Se deslizó una hoja
y se quebró una rama:
no miro más la mejilla que sonroja
ni escucho más la cascada que emociona.

Mayo de 1945. San José, C. R.

*

METAMORFOSIS

Tienes que acudir
al llamado de la espiga,
de la raíz,
de la esencia.
Tienes que hurgar
en el origen mismo de las cosas
para poder asir
direcciones y caminos.

Tienes que acudir
al llamado de la rosa,
del gorrión,
de lo puro.
Tienes — en primer lugar—
que aprender a hablar simple y llanamente,
y morar en una casa
sin libros viejos y sin cristales falsos.

Tienes que acudir
al llamado ininterrumpido de la ola,
del tiempo,

del crepúsculo.
Tienes que ir acostumbrándote
a ver reunidas las luces de todos los puertos.

Tienes que acudir
al llamado de la sangre,
del caer,
del anhelar,
del surgir.
Tienes que recorrer
las venas de todos los árboles
y conversar detenidamente con los ríos.

El Hombre tiene que acudir
al llamado de la Historia,
buscarse a sí mismo
y encontrar su puesto exacto.

13 de setiembre de 1943.

ITINERARIO

1

Trazár líneas en dirección indiferente.
Fijar la mirada en lugar impreciso.
Derrotar la luna
o apagar la vida.
Ensanchar la ruta hacia el ocaso
y deslumbrar la aurora cada día.

2

Solicitud de ausencia
en cada ruta.
Amago de peligro
en cada nota.
Remontar y remontar la brisa
y alcanzar
perpetuo y constelar dominio
sobre los enteros cielos
y sobre las aguas rotas.

1946.

FIGURA

Dulce esbozo de una rosa
tus labios color marrón.
Tenue sonrisa del viento
tu presencia de algodón.

Un entusiasmo de espuma
enciende gracia a tu cuerpo.
Una tarde con claveles
asoma a tu cara un verso.

Tus ojos crepusculares
acaso descubren ya
mis ojos de noche triste
cuando los tuyos se van.

Enero 1947.

SEMBLANZA

(Cuando yo muera).

Murió el poeta.
Sus ojos somnolientos
—de noche tarde
y de amor no cierto—
quisieron ver el paisaje de la dicha
enredado en las mieses de tu aliento.

Sus labios entreabiertos
balbucearon trémulos
la indecible tortura del recuerdo,
apenas vago,
pienso que muerto.

Murió el poeta,
y sin embargo,
sigue cantando alegre la calandria,
vuelca su trino inmaculado el río
y hay un dulzor de rosa en toda tu alma.

No importa,
así lo hubiera querido el poeta.

10 de noviembre de 1946.

Cuidao con loj saltonej Dorilá

Por *Aider FONSECA OBANDO*

(En el *Rep. Amer.*)

Comedia en un acto. Se desarrolla la escena frente a un rancho de un lugar de la costa del Cantón de Santa Cruz. Víctor irá vestido con polainas, usará espuelas, cutacha y sombrero de palma o de trapo. Justo aparece llevando un machete cruzado a la espalda por los hombros, sombrero de palma, si es posible roto, camisa mala y un trapo para sudor en las bolsas traseras. Chombita es una mujer alegre, viva, descalza. Dorilita es una chiquilla vivaracha y de unos quince años. Al abrirse el telón no debe aparecer nadie en escena, sólo se verá entonces el frente del rancho.

Víctor (desde afuera).—¡Hola la genteee!

Chomba.—¡Holaa! (Se asoma a la puerta) ¡Ah! si ej ujté don Vítor. Qué se tre por ái. Mándese apiar y pase pelante.

Víctor.—(Entrando), le da la mano a Chomba, sin hacer ningún movimiento y tocando casi sólo la punta de los dedos; luego la mira de arriba abajo y le dice: —Ja la perica, Chombitá, ujté sí que se está poniendo tentadora.

Chomba.—No digueso don Vítor, si laj calenturaj no miaflojan y pa acabar de fregar a casi todoj noj cogió colerín; en cuenta a yo; qué cosa máj fea.

Víctor.—Dicen que anda pegando ese mal.

Chomba.—¡Y viera cómo! Aquí en la casa ejtuvimoj toditoj fregaoj. Viera ujté si parecíamoj patoj... ¡Jummm, sólo carreraj pal monte!

Víctor.—¡Diablo!... Y con ese zancudero quiere ganas ir al monte a hacer esa clase de oficio.

Chomba.—¡Y qué vamoj a hacer, don Vítor!; el pobre no puede comprar esoj planchelej tan caroj que vende la Sanidá. Nuay maj remedio: que noj jarten loj zancudoj.

Víctor.—Pero, ya ve ujté, esaj son laj consecuenciaj.

Chomba.—¿Cuálej, don Vítor?

Víctor.—Puej laj calenturaj, señora; ¿no dice que lejtán dando calenturaj?

Chomba.—Unoj calenturoooonej que me cogen a vecej, día de por medio casi siempre; pero lo pior ej el frío; tienen que ponerme el montón de tiejtoj calientej en laj pataj para que se me rebaje un poco.

Víctor.—¿Y qué ejtá tomando, Chombitá?

Chomba.—Puej unaj pajtiaj y una agua que me recetó el doctor Jiménej. Me dijo que esa medecina sólo a él le viene en Santa Cruj. La comadre Angélica comenzó a tomar deso también pero ni a ella ni a yo noj hace nada.

Víctor.—¿Por qué no va a la Unidá Sanitaria?

Chomba.—Uummm... si juí el miércolej... o a ver, no, el juevej pasao; pero allí ej pior porqué lo hacen a uno ejtarse tamaño rato sentao ejperando pa que endejpuéj le salgan con la bayuncada de que nuay medecinaj, o que vuelva el lunej porque nuej día de repartir nada, o que vuelva a laj doj porque don Guillén ejtá ocupao sacando sangre. No, don Vítor; esaj jergaj son pa enfermarlo máj a uno; no ve que Jujto jué la semana pasada y eso le ocurrió también.... (pausa).

Víctor.—Bueno, ¿quiso loj chanchoj? loj vamoj a tratar o no loj vamoj a tratar? Dejde hace díaj ejtoy tratando de hacer negocio con ujté y se mejquinea; pero le aseguro que otro máj suave nualla.

Chomba.—Yo quiero salir delloj porque el maij ejtá caro; pero... ¡ja la pejte! ujtedej quieren ejtirarlo a uno. Cré que ej poco el maij que he gajtao en esoj animalej?

Víctor.—Aaaah! pero si se loj estoy pagando como si cada chancho se hubiera comido una fanega de maij.

Chomba.—¿A noventa? ¡No me digueso, don Vítor! Ya ve, Sánchej ejtuvo aquí antier y me loj ofreció pagar a ciento quince; me dijo que por hacerme el servicio; que él tiene un maicito que se lejtá picando y no quiere perderlo; por supuejto que no le resolví nada ejperando que ujté viniera; porque como ujté me había hablao primero... pero a noventa no se loj vendo, unque me muera dihambre: el maij caro... la manteca cara... y ejtoj sinvergüenzaj lo quieren matar a uno (pausa)... Hiiijo, ya viene Jujto y yo no he ni quebrao el maij de laj tortiaj (sale pronto).

Justo.—(Entrando). Idiay don Vítor, ujté por aquí? Deje de entretenerme la mujer: porque eso ej lo que hacen todoj ejtoj compradorej que vienen por aquí.

* *

LO PRESENTO

Aider Fonseca Obando, *discípulo que fué del siempre presente en espíritu don Omar Dengo, es uno de los maestros guanacastecos que por amor a su provincia laboran en la tarea educacional, con clara visión de los problemas que presenta el ambiente, sin otra mira que la de impulsar evolutivamente la cultura. La Escuela de Varones de la ciudad de Santa Cruz, lo cuenta entre el número de los maestros estudiosos y abnegados. El folklore de la región, rico e inexplotado, espera mucho de este elemento, como complemento de nuestra cultura.*

María L. de Noguera.

Santa Cruz de Guanacaste, 1950.

Víctor.—No, don Jujto, yo no soy desoj, qué va; yo ejtaba tratando loj chanchoj con su mujer, pero me pide a cien pesoj...

Justo.—(Interrumpiendo). ¿Cuánto?

Víctor.—CIEEEN peeeeessssooooj; ¡quéee bruuuuuta!!

Justo.—NOOOO, compañeró.... son ciento veinte.

Víctor.—(Haciéndose el asustado). Ijjj... pero.... qqqq.... que... ejtá ujté diciendo, don Jujto... pero me deja loj trej en ciento veinte, no sea bárbaro!

Justo.—(Exagerando los movimientos). — NOOOO, ciento veinteeeee, cada uno... y ejto porque ujté jué el primerito que vino aquí; pero si no se resuelve prontooo, agorita pasa don Isaíaj y se loj lleva, porque miofreció ayer quiba pabajo y me dijo que hoy pasaba pa traj; así ej que ni media palabra máj.

Víctor.—Bueno, se loj voy a tomar pero me loj pone en Santa Cruj.

Justo.—No, papá; ciento veinte puejtoj aquí; si quiere que se loj lleven a la vía ej cuenta aparte; ujté vende su carne en su carnicería y naide le dice nada. Loj chacalinej se pueden ganar ese camarón. Esoj chanchoj son remilgaoj al mecate. Ciento veinte y al caij...! nada de a fiao como la cuestión del torete que le compró a Pileto.

Víctor.—Bueno, qué se va a hacer; aquí le sacan a uno la plata a la luz del día y si se deja le ganan hajta la pacencia.

Justo.—La pacencia me la quitaron loj saltonej...

Víctor.—¿Ya tiene saltón en la güerta?

Justo.—Jummmm... así ejtá de poblao ese bandido; al paso que van laj cosaj yo creo que lo mejor va a ser echarse un tortol al pejcuezo pa acabar con ejta cochinada.

Lolo.—(Este personaje se ha ido acercando poco a poco donde los que conversan, ya fumando un puro al estilo de nuestros campesinos, es decir, sin saber si está prendido o no; pero con el puro en la boca, caites, ropa malita; recoge las últimas palabras de Víctor y Justo; saluda dando la mano, o mejor, la punta de los dedos). —Buenaj tardej, señorej; cómo ejtá don Vítor... Hola don Jujto... ejtá ujté tratando dengañar ejta inocencia homm (señala a Víctor).

Justo.—¡Qué le parece!

Víctor.—Ummm... ¡Qué diabloj; si me mató todito! Bueno, loj dejo. Yo creo que loj muchachoj me pueden llevar loj cerdoj mañana y con elloj le mando su platita, o va ujté don Jujto (ahora se fija en la hija de don Justo que va entrando y abre la boca): ¡Pero... quej eso... qué guapa se ejtá poniendo ejta criatura don Jujto (se dirige a Dorila): Mire linda: no se le ocurra ir a correr saltonej a la milpa si nuej acompañada de su tata, porque la cosa peligra.

Dorila.—Aaah... siii.. no que va... jumm ujté muy malo, don Víctor. Sólo vive pensando lo malo nada máj; jummm.

Víctor.—(Exagerando como siempre). Nooo, mi preciosa; ej que yo he oido decir que cuando hay saltón o chapulín se aumentan loj muchachoj.

Dorila.—Aaah!... siii... no, que va. Jumm. Son maj peligrosoj loj saltonej que vienen a vecej a comprar chanchoj y no loj de la güerta. Jummm. (Sale).

Víctor.—(Despidiendo a Dorila). Adiójjj Dorilita, acuérdese de mi consejo; y ujté también don Jujto, póngale cuidao. Bueno hajta la vijta... llegue mañana entoncej, don Jujto. (Sale).

Justo.—Y qué voy a hacer si la quiero, hermano. (Sale don Víctor). (Pausa).

Lolo.—Conque tiene mucho saltón, don Jujto...?

Justo.—Juummmm! No me acordej deso Loló. Un saltoneeeero, de loj once mil demonioj: se vuelan la batatía, el pachón y todo diablo.

Lolo.—Pero... matarloj ej fácil hom... ¿no cré ujté hom?

Justo.—Primero te morij voj de cólera antej de matarloj.

Lolo.—No hom ej chiche hom... ese animalito arrea hom, se hacen zanjaj y se arrean y cuando quen en ellaj se atierran hom, sí hom, ej chiche hom.

Justo.—Sabéj Loló, que tal vej tengaj razón.

Lolo.—Si hom, ej cierto hom...

Justo.—(Pensando). Hombré puej ya sé: la milpa de Mingo, la de Miro y la de Cajtío ejtán cundidaj de saltón. Voyir a avisarlej agora mesmo pa ver si mañana le quemoj a la zanjiada. Tienen que ser zanjaj grandej, verdá? porque ese animalito salta mucho. El otro día me hablaron de quel Ejtao iba a mandar una gurbia pa matar saltón., pero total no supe en qué paró la cosa.

Lolo.—No hom; eso ej política hom; ujté cré hom; el Gobierno agora no tiene plata hom; yo lo lei un día dejtoj en un periódico; qué va hom; qué va hom, usté debe cuidar su milpa solo; no espere que el gobierno se la cuide hom; no hay plata, hom; que va hom.

Justo.—Puej yo nunca me atengo a naide; si esoj carajoj no me quieren ayudar puej yo tampoco lej ayudo; con seguridá quel Mingo me va a decir que ejtá fregao de una chipisa que tiene en la canía; el Miro me va a salir con que ya el maij del ejtá duro y ya no se lo tira el saltón; pero voyir a tantiar.

Lolo.—Si hom; no ej malo, hom; me gujtaría venir ayudarle, pero no puedo hom, que va hom; tengo que ayudarle a mi mujer a hacer unaj rosquiaj que le encargó la comadre Vitoria; si hom, no puedo hom. (Sale).

Justo.—No dejej de pasar a la vuelta por unaj molquitaj de pujagua para que se laj llevej a la Delia pa que haga unque sea una taza de pozol.

(Al público):

Loj chanchoj loj vendí...
hablé tamaño montón,
con yo naide se opila;
pero por lo menoj aprendí
cómo se mata el saltón
y cuidar a la Dorila.
(Telón).

Presentó: *Juan Quimera.*

(Tercer premio de concurso de comedias de las Escuelas de Santa Cruz, del año de 1942).

Así opino

(En el *Rep. Amer.*)

San José, 27 de febrero de 1950.

Estimado señor:

Después de saludarle muy respetuosamente me dirijo a usted para rogarle se sirva insertar en su rotativo el siguiente comentario, con lo que quedará comprometida mi eterna gratitud.

Comentario sobre Anatema lanzado por Monseñor Sanabria contra la revista Nuevo Mundo:

Yo creía que la sangre derramada al través de tantas generaciones había sido suficiente para que brillara en todo su esplendor la luz inmarcesible de la libertad del Pensamiento y de Cultos. Pero heme aquí que en pleno siglo de las luces se lanzan anatemas a revistas que expresan el sentir de las personas cultas y de elevado espíritu.

Sepan los que lean estas pocas palabras que el único que puede lanzar anatemas y excomuniones es Dios mismo. San Pablo dice: Leedlo todo, retened lo bueno, desechad lo malo.

El señor Vega debe estar seguro que su culta y honorable revista será leída como siempre por todos los que desean cultura y elevación espiritual.

La Iglesia Romana siempre tiende a suprimir lo que le estorba en sus maquinaciones de fabricar dinero.

Mientras Cristo mandó: Amaos unos a otros, sus representantes dicen: Odiaos, lancemos anatemas por cualquier pretexto pueril.

Cristo dijo: Dad todo a los huérfanos y a las viudas; ellos dicen: Traed todo a mí.

Ya es hora de que la luz de la verdad brille y que las vendas caigan de los ojos del pobre pueblo que como oveja al matadero, sigue a los que cree sus pastores espirituales.

Hago este alto para llamar la atención de los que ignorantemente dejan de leer esta revista a que he hecho alusión anteriormente, por temor a una excomunión, ya que sólo Dios puede excomulgar.

Carmela CERCONE V.

CENTRO DE ESTUDIOS HISPANICOS
Just Published

Manual de Bibliografía de la Literatura Española, por *Homero SERIS*

1ª parte: Obras generales, Obras bio-bibliográficas, Géneros literarios, temas para tesis.

Syracuse University. Syracuse 10, New York.
1 vol., XLIII — 422 ps., $ 3.90.

SALARRUE o la fantasía profusa

Por *Salvador* CAÑAS

(Es un recorte de *Tribuna Libre* en San Salvador.—*Envío del autor*).

Salarrué pintor. Salarrué escritor. Salarrué filósofo. En todo original y en todo grande.

Cuando escribió sus primeros artículos en la Revista *Espiral*, sorprendió por la expresión de una nueva sensibilidad y por el nuevo molde empleado. Escribía con pseudónimo. Este no era Salarrué, sino Magog. ¿Quién decía cosas tan raras? ¿Quién concebía y sentía en forma desusada sin hacer concesiones a lo extravagante ni a lo difuso? ¿Quién alcanzaba resplandeciente altura de artista sin saberse el proceso de adiestramiento previo? En cada número de la Revista aludida aparecían versos o cuentos de contenido original y de vaciadizo original también. Juan Ramón Uriarte, nuestro autorizado crítico en aquel entonces, mostrábase entusiasmado por el surgimiento en las letras salvadoreñas de un artista luminoso desde sus afanes iniciales. Alborozado le saludó Uriarte, amigo como era de lo inédito en la forma, en el espíritu y en el pensamiento.

En el alba de su obra artística, lucía la fuerza del verdadero creador. Se nutría y se nutre de sí mismo. ¿Lecturas? ¿Maestros? No los necesitaba ni necesita. ¿Lecturas? Las ineludibles para seguir en la búsqueda de su verdad. ¿Maestros? Es libérrima su personalidad que sólo ha recorrido las dimensiones en ascensión grandiosa. Concibe y siente el arte desde ángulos forjados por él mismo. Las cosas ya dichas, si tiene que repetirlas, la re-crea en virtud de su talento y temperamento excepcionales. Y mayor consistencia, y mayor altura, y mayor proyección conquista, cuando expresa las propias, las cuales han frutecido en su interior alucinado y alucinante.

Salarrué, o la fantasía profusa, o mundos de belleza creados en los momentos únicos. Encarna, sin que nosotros hiperbolicemos, verdades eternas en arte y pensamiento. Vive como en perenne desdoblarse, como viajando por regiones siderales. Y cuando vuelve al contacto con hombres y cosas, brinda la sensación del misterio. Su originalidad y hondura tiene base, precisamente, en la capacidad de diafanizarse para ser el transfigurado artista en dación de áureos tesoros. Se ensimisma, o inhibe, porque acendra más la potencia creadora. Los seres, paisajes, universos, que él forma en sus instantes fiebrosos, son tan reales como los que le circundan. Condición primordialísima de todo gran artista: realizar la verdad de lo imaginado.

Su libro *O-Yar-Kandal*, contiene cuentos fantásticos comparables, según algunos, a los de *Las Mil y Una Noches*. Los personajes, las situaciones, los conflictos, es decir, la orgánica estructura de aquéllos son de una belleza imaginativa tan estupenda, que difícilmente se encuentra par en América. ¡Qué energía la del temperamento de Salarrué! ¡Qué poder de ensoñación! ¡Qué intuitiva capacidad reveladora! Leyendo los cuentos de *O-Yar-Kandal* comprendemos y valorizamos la fantasía de nuestro artista. A propósito, Jaén Morente —humanista español— dijo en presencia de unos cuadros de Salarrué: "Me interesa en los paisajes imaginados, hechos realidad pictórica, porque han existido antes en la fantasía del artista y estremecido su sensibilidad". Traemos al desarrollo de estas líneas algo que dejamos expresado acerca del ambiente salvadoreño: su peculiar densidad de población y los medios de lucha, no propician la génesis y desarrollo de grandes artistas. Por esta razón, él vive como descentrado en un ambiente tal, o sea de practicismo y de ventajas materiales. Estimamos paradojal su nacimiento, sobre todo cuando leemos *O-Yar-Kandal* y contemplamos su

Salarrué

(Autorretrato).

obra pictórica, porque vienen como de un ser que no habitara en una porción de tierra exigua y cálida, donde es insólito elevarse a los cielos inasibles. Prístinamente revela Salarrué su fantasía profusa.

Pero nuestro maravilloso artista también oye el latir de la tierra. La comprende, la ama la siente en su paisaje y en sus hombres. La hace suya en la sangre y en el alma oficiante. Salarrué, no sólo es capaz de remontarse a las cimas de creación fantástica, sino que, con la greda permeable y morena, sabe realizar obra de arte. Nace así *Cuentos de Barro*, libro compuesto de narraciones, personajes y marcos de acción muy nuestros. ¡Qué versatilidad asombrosa! Imagina y deambula por los mundos creados por él mismo, y se enternece, enfervoriza y entrega a la plástica de la palabra cuando la visión y el sentimiento le mueven a la realización de la obra con sabor a tierra materna y canto agreste.

En *Cuentos de Barro* describe con maestría y aboceta los aspectos psicológicos de sus personajes con la misma maestría. Las leyendas, costumbres, supersticiones, historias y hasta las especiales expresiones de nuestros indios, se realizan y magnifican sin perder valor realístico a través del temperamento prodigioso. El artista penetra y siente la tragedia de aquellos seres, y sin bordar literatura tendenciosa, la expresa vívida y dolorosamente. La escasa alimentación, la vivienda estrecha y pestífera, el salario infeliz, la ignorancia, provocaron el grito en más de algún cuento del libro en referencia. Aunque Salarrué fraternice con las regiones estelares del ensueño y la serenidad, esto no lo incapacita para interpretar el dolor de esta clase desventurada. La realidad de estos seres la convierte en su propia realidad para expresarla sinceramente. *Cuentos de Barro* ejemplariza en la literatura centroamericana. Encierra pasión, dolor, anhelo contenido, esperanza lejana y poesía de tierra próvida.

Cuentos para Cipotes, sencillo y apegado a la realidad de la vida de los niños proletarios salvadoreños, posee indisputable valor artístico y social. Estos niños se desarrollan en la calle, en el mesón o en el campo. Sin proponérselo el autor apunta el problema que estas ternezuelas criaturas constituyen para la colectividad. Además de estar escritos con belleza, son removedoros de la conciencia nacional, o más estrictamente expresado: son cuentos revolucionarios.

"El Señor de la Burbuja" es su única novela. Aunque no posee las características de este género literario, interesa por la concepción y forma originales.

"El Cristo Negro", leyenda novelada, fué uno de sus primeros libros. Se refiere al Señor de Esquipulas, cuya feria es celebrada en el mes de Enero, en un lugar del mismo nombre de la República de Guatemala. Como leyenda tiene emoción y colorido. La fantasía del autor luce fecunda, hechizante.

Eso y Más es uno de sus últimos libros publicados y contiene diversos artículos y cuentos. En él también se desborda fluídamente la fantasía. Como producto de labor psicológica íntima, este libro alcanza dimensiones insospechadas. Luego, como fruto de pensamiento propio, fascina por la novedad en la esencia y por la vertebración lógica.

II

En los campos del pensamiento filosófico, Salarrué hace incursiones "armado de sus propias armas" —como se dice en lenguaje corriente. Se hunde en el piélago de la Teosofía. No puede discutírsele su posición sincera en este campo. Su vida espiritual y mental es un ejemplo de lealtad a los principios de la doctrina profesada. Aún la manera de vestir sencilla, la frugal alimentación, las costumbres morigeradas, revelan esa fidelidad absoluta entre su pensamiento y su vida.

Tuvo imitadores, tanto en el arte que cultiva con amor y dolor, como en su peculiar modo de vivir. Pero fueron risibles parodias del excelso artista. Recuerdo que en cierta ocasión, refiriéndose a este punto, Antonio Morales Nadler, finísimo poeta guatemalteco, dijo con acierto que algunos intelectuales y artistas jóvenes de El Salvador, debían librarse de la a veces desintegradora influencia de Salarrué y de Masferrer. El amigo cordial, que conoce los valores salvadoreños en poesía, se había dado cuenta de los imitadores que tenían aquéllos. En cierto sentido, el "masferrerismo" y el "salarruerismo" —empleando los vocablos del portalira guatemalteco— hacían más daño que provecho. Salarrué es único en su órbita creativa. Masferrer cumplió con su misión de egregio constructor del alma nacional, siguiendo el propio impulso de combatiente y maestro.

Esta hermosa página evidencia el pensamiento de Salarrué:

"No hombres angelizados, sino ángeles humanizados, necesita el mundo. Porque a los primeros la levitación los devuelve al mundo a que pertenecen. La consigna no es ya aspirar hacia arriba, sino aspirar hacia abajo. Y aquí vemos la efigie del hombre dual eterno, con su yo inferior y con su yo superior, con lo animal que sube y lo divino que desciende. La escala de Jacob donde subían hombres y bajaban ángeles. Dentro de nuestra desconcertante duali-

dad ha terminado el deporte de subir y empieza el de bajar, distinguiéndose, entre los más avanzados, los santos de globito de los de paracaídas. La santidad negativa, la santidad femenina, cede el puesto a la positiva, masculina, haciéndose recordar, en buena hora, que el término *virtud* está íntimamente relacionado con el término viril, indicando fuerza, vigor, temple, decisión, valor. También la virtud de la santidad en boga implica todas las virtudes: de Etica, de Estética y Lógica, y así, los mismos santos amaron tanto la Bondad, como la Verdad y la Belleza, por lo mismo habrán de ser, a más de comprensivos, justos y sencillos en la Lógica, artistas en la Belleza".

Pareciera paradojal esta manera de razonar. Pero al meditar un poco se descubre, al par que lógica, sentido humano en el pensamiento de Salarrué. Ciertamente, "dentro de nuestra desconcertante dualidad ha terminado el deporte de subir y empieza el de bajar, distinguiéndose, entre los más avanzados, los santos de globito de los paracaídas". Antes expresó: "No hombres angelizados, sino ángeles humanizados, necesita el mundo". ¡Qué nueva y honda concepción de los destinos del hombre! ¡Qué positiva y consoladora filosofía del ser en relación con los demás y en relación con la vida y la naturaleza! Los hombres negativos por inmaculados, por rebacios a la lucha, por temor de perder prestigio de santidad, no seducen ni interesan a Salarrué! El los sueña y los quiere quemándose todos los días por la realización de los ideales de perfectibilidad, y éstos, naturalmente, le atraen porque son "ángeles humanizados". ¿A quiénes ha de necesitar más la batalla ideológica de post-guerra, "a los hombres angelizados" o a los "ángeles humanizados"? Estos últimos construirán el mundo nuevo porque afianzarán, poco a poco, pero firmemente, la verdadera paz. Doctrinas con sobra de sabiduría, de bondad, de valor para descubrir al hombre, o formarlo con arcilla fresca, necesita el mundo de mañana. "El término Virtud está íntimamente relacionado con el término viril". Esto es, atreviéndonos un tanto, inédito concepto de Virtud. Esta debe ser afirmativa, recia, aún flexible dentro de la austera rigidez y no blandengue, convencional y tornadiza. La virtud irradia fuerza, serenidad, así concebida y así sentida por los hombres. La virtud, a base de varonil impulso y a base de verdad filosófica, conforma vigorosamente la vida de los individuos, como la vida de las colectividades. Además, es de origen biológica la virtud, que no sólo es fruto de especulaciones y disciplinas.

La virtud —según Salarrué— resume principios de Etica, Estética y Lógica: es diamantina, bella y verdadera. Por esta razón "los santos serán, a más de comprensivos, justos y sencillos en la Lógica, artistas en la Belleza". Y no serán pasivos, por tanto negativos, sino seres dinámicos, constructores, para que la humanidad se encamine eficazmente hacia la perfección por ahora utópica y huidiza.

Original Salarrué en el arte y en el pensamiento; en la vida y en la abstracción. Grande en todo, porque su interior bulle en inquietud y en principios nacidos en él, para él y para los demás. No ha menester de asideros exteriores, ni su mente es receptiva, sino creadora. El es la perfecta, la rotunda encarnación de las verdades eternas.

Canta abuelita. . .

(En el *Rep. Amer.*)

Abuela, abuelita
del dulce mirar:
canta, muy quedo, abuelita,
¡para cantar!

Yo quiero este día
de plata y marfil...
Cántame, abuelita,
¡para reir!

Yo quiero este día
de oro y de paz...
Cántame, abuelita,
¡para triunfar!

Yo quiero esta tarde
de perla y de azabar...
¡Ay, cántame, abuelita,
¡para soñar!

Yo quiero esta noche
de verde cristal...
¡Ay, cántame, abuelita,
¡yo quiero amar!

Yo quiero esta noche
de negro fulgor...
¡Ay, mi abuelita,
canta y aduerme
¡mi corazón!

Abuela, abuelita
del saber sutil:
canta, muy quedo, abuelita:
¡yo quiero morir!

Carlos de PRADA.

Olga, Wash. 1950.

¿La producción intelectual está en peligro?

(Es un editorial de *La Prensa* de Buenos Aires, 8-IX-49).

Antes de ahora a nadie se le había ocurrido formular semejante pregunta. Muchos indicios favorecían la creencia de que nuestro país se iba aproximando, si no al siglo de oro de las grandes civilizaciones históricas, por lo menos a un período en el que serían adecuadamente valorados los frutos de la inteligencia. Tuvo el país, joven, nuevo y curioso de sabiduría, un pasado con el que se honraban las clases y en el que podía hablarse, sin asomo de jactancia, de Córdoba, la docta, y de Buenos Aires, la Atenas del Plata. No habíamos resuelto todavía nuestros grandes problemas no habíamos organizado constitucionalmente la República ni contábamos con cuantiosas riquezas materiales. Pero la inteligencia era respetada. El escritor, el poeta, el profesor universitario, el filósofo, el librero erudito y hombre de sociedad, eran bienquistos en la ciudad pobre y aldeana. Faltarían cómodos pavimentos, luz profusa, higiene pública, todo cuanto abunda en las urbes modernas, pero no faltaban libros para los estudiosos y tertulias familiares donde brillaban el ingenio y la gracia. Es de notar que cuando en nuestra patria el hombre se siente libre es cuando más fulgura su inteligencia. Con la opresión todo se vuelve lúgubre y se entenebrece. El temor no inspira ningún acto noble ni favorece los vuelos líricos. Con el temor cunde el recelo y el silencio apaga las voces varoniles.

Un crítico eminente, sin duda el hombre de letras más perfecto que haya existido en la República Argentina, Juan María Gutiérrez, en el erudito ensayo que le dedica a Juan Cruz Varela, recuerda que "las puertas de la Ciudad de los Reyes se abrieron para la libertad el día 10 de julio de 1821". Los triunfos de los ejércitos libertadores despertaron al unísono las energías cívicas que vacilaron en las horas de desconcierto. Y correspondióles a los poetas la misión de avivar con la rima y el ritmo los sentimientos populares, porque había, según afirma Gutiérrez, entre poetas y soldados, relaciones recíprocas que se completaban con su contacto: "El poeta daba formas bellas y palpables por las imágenes a las aspiraciones vagas de la masa popular, que es en las repúblicas el instrumento de sus propios destinos, y contribuía al mismo tiempo a secundar poderosamente las miras de los poderes públicos". Refiérese el crítico al *Canto lírico a la libertad de Lima*, de Esteban de Luca y a la oda de Varela también dedicada a exaltar a la misma ciudad libertada.

No tardaría en llegar para bien de los intelectuales argentinos la histórica administración de Rivadavia. ¿Qué importan sus errores cuando se los compara con sus aciertos, inspirados, unos y otros, en el deseo de que sus conciudadanos fueran cultos y libres? Aunque muchas veces Rivadavia fué víctima del escarnio, nunca miró con ojeriza la libertad de pensamiento y de expresión. Allí están los considerandos de sus inmortales decretos para atestiguarlo: "La publicidad es la mejor garantía de la buena fe de los actos, mayormente en aquellos cuya decisión está sujeta a una arbitrariedad necesaria. No hay instituciones que contribuyan tanto a la civilización de un pueblo como las que inducen entre los individuos respeto recíproco en maneras y expresiones. No hay modo ni secreto para dar permanencia a todas las relaciones políticas y sociales com el de ilustrar y perfeccionar tanto a los hombres como a las mujeres, a los individuos como a los pueblos. La ilustración pública es la base de todo sistema social bien reglado, y cuando la ignorancia cubre a los habitantes de un país, ni las autoridades pueden con suceso promover su prosperidad, ni ellos mismos proporcionarse las ventajas reales que esparce el imperio de las leyes. Es preciso —decía finalmente— que los pueblos se acostumbren a ser celosos de sus prerrogativas".

La administración de Rivadavía fué llamada la del "progreso de las luces" y de "la gran filosofía". Caído él, la República volvería a sumergirse en la anarquía y en el choque de las pasiones tumultuosas e ignaras. Con el estadista superior, camino del destierro, se ausentaron los más preclaros espíritus nacidos en el país. Y los justificados orgullos de la Atenas platense desaparecerían sin protesta: la Universidad, el Colegio de Ciencias Morales y Políticas, para dar paso a la escuela servil que

enseña la devoción al amo. La inteligencia argentina fué a gemir lejos, muy lejos, en naciones hospitalarias que no renunciaban al privilegio de la libertad, y allí esperó, muchos años, con angustiosas esperanzas, hasta que sonara la hora de Caseros.

No está de más este recuerdo bueno para todos los tiempos. El porvenir de la inteligencia no debe preocupar sólo cuando existe el máximo enemigo de ella: el gobierno despótico. Debe interesar de igual modo en épocas de crudo materialismo cuando se cree, erróneamente, con el adagio, que es necesario primero vivir para después filosofar. No, la materia, o lo que vulgarmente se llama la riqueza, no basta para que un pueblo cuente para algo en la civilización humana.

Recientemente se han publicado cifras alarmantes sobre el índice intelectual argentino. Según esas cifras la producción bibliográfica declina año tras año. Si en 1947, por ejemplo, las editoriales de nuestro país publicaron 1.384 obras, en 1948 sólo dieron a luz 761. El temor se justifica cuando se sabe que en 1943 vimos publicadas casi 2.000 obras. ¿A qué se debe esa caída precipitada? Hay muchas maneras de explicarla. Se aduce que España ha retomado el ritmo que perdió con motivo de la guerra civil. Se dice que influye en buena medida la carestía de papel. Sin embargo, no falta papel para publicar y reeditar obras extranjeras de preferencia a las nacionales. ¿Son los hombres de letras argentinos los que no producen, o son las editoriales las que no se vinculan a ellos? Los tres factores enunciados pueden ser valederos.

La declinación bibliográfica no es única, y no sólo por esta causa sufre desmedros la inteligencia. Los diarios, que tanto hicieron por la difusión de la cultura en el país y en el continente hispánico, no son hoy lo que eran ayer. Han cambiado de fisonomía hasta el extremo de que cuesta trabajo reconocerlos. Aquellas impresionantes ediciones dominicales con cinco y seis suplementos destinados a las letras, las artes y las ciencias, han desaparecido. En esas páginas nutridas, el intelecto argentino, americano y europeo, esparció los preciosos frutos de sus inquietudes múltiples. Era el pueblo el que se beneficiaba directamente con tan grande acopio de páginas selectas. Sin libros y sin el diario que los complementa, el déficit de la cultura argentina puede ser un hecho de perjuicios incalculables.

De hoja en hoja

Santiago de Veraguas, 31 Dic. 1949.

Mi querido don Joaquín:

Antes de que se acabe este año quiero enviarle estas líneas de renovado cariño. Me hago la ilusión de estar allí, con usted en su "salita-escritorio", taller de la Santa Continuidad, oyendo sus meditaciones y sintiéndole la magnanimidad clara a su generoso corazón. Ayer en la noche para descansar un poco de la dura galera de los exámenes, revisé uno a uno los *Repertorios*, casi dos tomos, del año 49. ¡Qué cantidad de emociones se me renovaron! Fué como una larga conversación con Don J. Ejemplos de aliento: Martí, González Prada, Almafuerte, los americanos de la "roca de crear"; Tolstoi, Gandhi, Tagore, Goethe, Balzac, culminaciones del espíritu; y toda la crucificada España con Unamuno, Machado, Juan Ramón y Don Víctor Lorz! Don Víctor, ese viejo seco de pensar, pura llama y fisga de Quevedo. Y los americanos "responsables" Neruda, Marinello, Palacios, Guillén. ¡Qué admirable convivio el que usted nos brinda en *Rep. Amer.!* Y para el exilado "voluntario" qué recuerdos de la entraña terrestre: Carazo con sus "parábolas"; los dos Vincenzis, Moisés y el hijo, el sonetista embrujado todavía por la piel de la América tropical descubierta casi por Eustacio Ribera; Fabián Dobles, el de la "perita" y los versos claros de noble sensibilidad; Román Jugo, poeta de un plano, muy 18 años pero buen prosista con su triunfo en el Concurso de Buenos Aires, ¡bueno por el prestigio de las letras patrias! ¡Qué alegría me han dado los "nuevos sones" de la lira patria! Ruth Briceño, todavía un temblor de rocío, ¡una herediana: Miriam Alvarez Brenes!, aleteos con anuncio de vuelo si se adentra con humildad y ambición por los libres cielos de la literatura hispánica: ¿será lectora y suscritora de *Rep.?* Rodrigo Cordero Jinesta en juego de aire y arena con perspectiva hacia una culminación de bien estriadas columnas; Jiménez Canossa, con el tacto puesto en las cerámicas polícromas y en el vuelo interior de los quetzales aborígenes, ¡todo un tesoro oculto todavía en las huacas funerarias! Y para recordar tiempos idos Don Roberto, concurriendo a celebrarle a Bello el centenario de la publicación de su Gramática, escribiendo horizontes para la Universidad Nacional, machacando sobre la costra de la Roma muerta de los Pontífices!

Para su distinguida hija, Fresia de Hilarov, por favor, don Joaquín, envíele un ejemplar de *Mulita Mayor* con un agradecido saludo del autor.

¡Y cuántas lágrimas en la columna miliaria de *Rep.* que se le consagró a Carmen Lira! ¡Duro año 49! Ya habrá tiempo de recrear toda esa vida de María Isabel labrada en pura inteligencia y en consagración a la dignificación del pueblo.

Dispense esta larga conversación de fin de año, don Joaquín, pero ¡con quién conversar así, sino con usted!

Un abrazo de año nuevo con el deseo vehemente de verlo pronto y hallarlo, como siempre, en su taller de constructor de América, en su noble, admirable, sencilla grandeza de hombre digno y de amigo y maestro inigualable!

Adela y mi hija para usted y los suyos me expresan su mensaje de paz y felicidad para el año del medio siglo.

Carlos Luis SAENZ E.

HAGASE DE ESTOS LIBROS:

Pablo Neruda: *Selección.* 353 pp. 2da. edición aumentada. Nascimento .... ₡ 20.—

Cornelio Hispano: *Kerylos.* Laudes de la Belleza y el Amor ...... 10.—

Juan Larrea: *Rendición de Espíritu.* Cuadernos Americanos. 2 tomos 20.—

Charles Singer: *Historia de la Ciencia.* Fondo de Cultura Económica. México .... 15.—

Roberto Brenes Mesén: *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana* .... 12.—

Sara de Ibáñez: *Pastoral.* Cuadernos Americanos .... 6.—

En la oficina del *Rep. Amer.*..

(Viene de la página siguiente)

Como un homenaje de la Librería ATENEA a Johann Wolfgang Goethe en el segundo centenario de su nacimiento:

El *Boletín Bibliográfico* del 28 de agosto de 1949 (Poemas, sentencias, máximas y aforismos de Goethe y un Comentario. En nuevas traducciones).

Como cortesía de la misma Librería:

Poderoso sorprender. Cinco años de la vida y obra de Johann Wolfgang Goethe. Th. Br. 28 agosto 1949. San José, Costa Rica.

Valioso estudio, del que cogeremos unas páginas para nuestros lectores.

La contribución de la Librería ATENEA, al segundo centenario del nacimiento de Goethe, es el de mayor importancia que se ha hecho por acá.

———

Como envío del Lic. Carlos Mª Jiménez, en esta ciudad de San José:

En honor de don Manuel María de Peralta. 1948.

Contiene este folleto la *Memoria* de los Honores Oficiales que se tributaron a don Manuel María de Peralta el día del sepelio de sus restos, el 5 de setiembre de 1930.

———

Dos autores costarricenses, allá en México, muy apreciados, que nos honran, se presentan con estos dos libros:

Carlos Jinesta: *Bronces de México.* Méxicc, D. F. 1949.

Lo recomienda, este libro, el Lic. José Vasconcelos.

Vamos a reproducir uno de estos bronces en estos cuadernos del *Rep. Amer.*

Vicente Sáenz: *Hispano América contra el Coloniaje.* Unión Democrática Centroamericana. Depto. Editorial. México, D. F. 1949.

Muy bien documentado el autor, patriota americano auténtico. Nuestro Vicente vigila, está en su torre, estudia, comprende, denuncia. Léanse los 14 capítulos de este libro.

———

Como envío del autor, atención que le agradecemos:

Rodrigo Facio: *Trayectoria y crisis de la Federación Centroamericana.* 1949. Imprenta Nacional. San José, Costa Rica.

Con un acápite sobre el *Proceso de la separación de Costa Rica de la República Federal y de su Constitución como República soberana, libre e independiente.*

Edición conmemorativa de primer centenario de Costa Rica como República soberana, libre e independiente. 1948 —31 de agosto— 1948.

Investiga el autor, enseña nuestra historia y lo hace bien. Estamos obligados a saber de veras lo que fuimos, para explicarnos lo que somos, y seremos. Es lectura provechosa.

———

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscrición al
Repertorio Americano:
The Moore-Cottrell Susbcription Agencies
Incorporated
North Cohocton, New York

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario
sobre Nueva York

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Revisemos los libros y folletos —de la producción nacional —1949— que hemos tenido el honor y gusto de recibir y que agradecemos:

Memoria de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. Marzo de 1949.

5 trabajos útiles la recomiendan.

En el *Boletín* Nº 7 de la Academia Nicaragüense de la Lengua Correspondiente de la Española, Año V. Vol. VII, hallamos un interesante *Estudio Biográfico del Lic. Ricardo Jiménez Oreamuno*. Es el discurso con que el Lic. Teodoro Picado se incorporó a la Academia Nicaragüense el 24 de mayo de 1949. Lo recomendamos. Dice muchas cosas buenas de don Ricardo. Comprensivo y agradecido el autor.

También de Don Teodoro Picado este folleto, como documento histórico:

El Pacto de la Embajada de México. Su incumplimiento.

Advertencia del autor al que lo leyere:

Estas líneas se dan a la publicidad sin odio y sin otra pasión que no sea el amor a Costa Rica.

Tienen por objeto relatar hechos en que el autor tuvo participación importante y contribuir a que se ponga término a una errada política de represión que, de continuarse, fructificará en grandes males.

He querido ser imparcial y he eliminado, con afán minucioso, todo concepto o expresión que se aparte del propósito.

Teodoro Picado.

Managua, junio de 1948.

El ex-Presidente Picado cuenta las cosas como pasaron, con mesura, claridad y buena fe.

Rogelio Sotela Bonilla: *Sin Literatura*. Estados de Conciencia. (Obra póstuma). 1949.

Ha cuidado esta edición y eso la enaltece mucho, doña Amalia de Sotela, comprensiva admiradora del poeta. Rogelio nos dejó en 1943. De entonces a ahora, su reputación literaria se consolida en el aprecio nacional e hispanoamericano. Su esposa ha hecho bien en recoger las formas de aplauso con que Rogelio fué entendido en vida.

Declaración del autor: "He querido decir aquí las cosas íntimas, sin literatura, sin sujeción a nada".

Doña Amalia, con acierto lo define así: "Este libro, como el subtítulo lo dice, es una sucesión de estados de conciencia; es una pequeña parte de la historia de su alma compleja y complicada: dulce, dulcísima y tormentosa también, libre, con la libertad de quien tuvo el poder de rasgar el infinito con el vuelo de su numen, y encadenada con las cadenas del que siente la limitación de la materia".

82 páginas de poesía sentida a fondo y bien expresada. Nos ha placido volverlo a leer.

Desde Guatemala, en donde reside, nos manda Hernán Zamora Elizondo este folleto:

Una pesquisa acerca del verbo hacer. Bogotá. 1948.

5 páginas separadas del *Boletín* del Instituto Caro y Cuervo, tomo IV, Nº 3. 1948. Bogotá.

Los hemos leído con gusto y provecho.

Señalemos este libro de Lilia Ramos:

¿Qué hace usted con sus amarguras? Lecciones de psicoanálisis aplicable a su vida cotidiana. San José. Costa Rica. Con ilustraciones de Juan Ml. Sánchez.

Con muchas lecturas y experiencias, muy bien informada la autora. Honra con este libro a la docencia costarricense. Ojalá que sea leído y estimado en lo mucho que vale por maestras y padres de familia.

¿Quién no se acongoja, a quién no se le amarga la vida? Lea este libro, consulte a la autora y a poco ha de hallar consuelo en sus amarguras. Soledad y consuelo se buscan.

De los libros útiles, este es uno. Y está bien escrito, con cierta sencillez y en empeño de hacerse entender por todos.

Sánchez penetra con sus dibujos en el misterio de las máscaras que llevamos ante el prójimo.

Informe de dieciséis meses de labor del Ministerio de Agricultura e Industrias del Gobierno de la Junta Fundadora de la 2da. República. Sección de Publicaciones y Biblioteca. Edit. Borrasé. 1949.

Esfuerzo por elevar la producción y hacer escuela en lo técnico y en lo adiministrativo. Numerosas ilustraciones lo demuestran.

Don Octavio Beeche, con modestia y gentileza que lo enaltecen, ha puesto en nuestras manos un tomo nuevo de su *Indice General* de la *Legislación Vigente en Costa Rica*. El 7 de mayo de 1948. Imp. Nacional. 1949.

Es el tomo V. Labor completa. Llevada a cabo con el cuidado y la pulcritud que caracterizan al autor. ¡Qué ejemplo de laboriosidad el que nos da don Octavio! Es uno de nuestros beneméritos en la obra intelectual ardua y paciente.

Héctor Benavides: *León Cortés*. San José de Costa Rica. 1949.

Escrito con la devoción y entusiasmo que el señor Benavides pone en lo que cree y manifiesta.

Le damos gracias por la forma en que de nosotros se acuerda.

1908-1948. *Breve reseña* de la Asociación Tipográfica de Socorros Mutuos. Edit. Borrasé. 1949.

Con motivo de la celebración de sus 40 años de fundación.

(Señalemos el buen ejemplo, en país que no se asocia ni coopera como se debe).

Del señor Walter H. Hamer, Gerente Gral. de la Compañía Bananera de Costa Rica:

...Compañía Bananera de Costa Rica. Algunos datos sobre sus actividades durante el año 1948.

Como atención de don M. A. Castro Carazo, en San José de Costa Rica, 1949:

Temas Rotarios: *La fuerza del bien*. *Rotary busca la Paz Universal*.

Bien inspirados ambos asuntos.

Atención de don Manuel F. Jiménez, en San José de Costa Rica, 1949:

El Problema Constitucional de Costa Rica.

Sabe lo que dice y lo dice bien.

Este cuaderno escrito por Doris Stone con ilustraciones de Francisco Amighetti:

Vamos a criar chanchos. 1948. San José de Costa Rica.

Es la primera de una serie de cuartillas en lengua castellana que la Junta de Protección de las Razas Aborígenes de la nación, tiene el propósito de publicar para las escuelas-granjas de la Rep. de Costa Rica.

Este cuaderno que nos trajo Thelma Solano Castillo y del que es la autora:

Auxiliar Metodológico para los maestros nicaragüenses. Managua. Nicaragua. 1949.

Lo recomienda Teodoro Picado, por su forma provechosa y contenido, fruto de la experiencia mayor de Thelma, una de las buenas maestras de Costa Rica.

Otro folleto del Ministerio de Agricultura e Industrias, en la Sección de Publicaciones y Bibliotecas:

Boletín Técnico Nº 1: *Censo de la caña*.

Laborioso, útil.

Del Presbº Rosendo de J. Valenciano, en esta ciudad de San José, 15 de agosto de 1948:

Magdalena. Poema histórico, místico-religioso.

Dentro de la doctrina, hecho con gracia, habilidad y competencia.

(*Siga a la vuelta*)